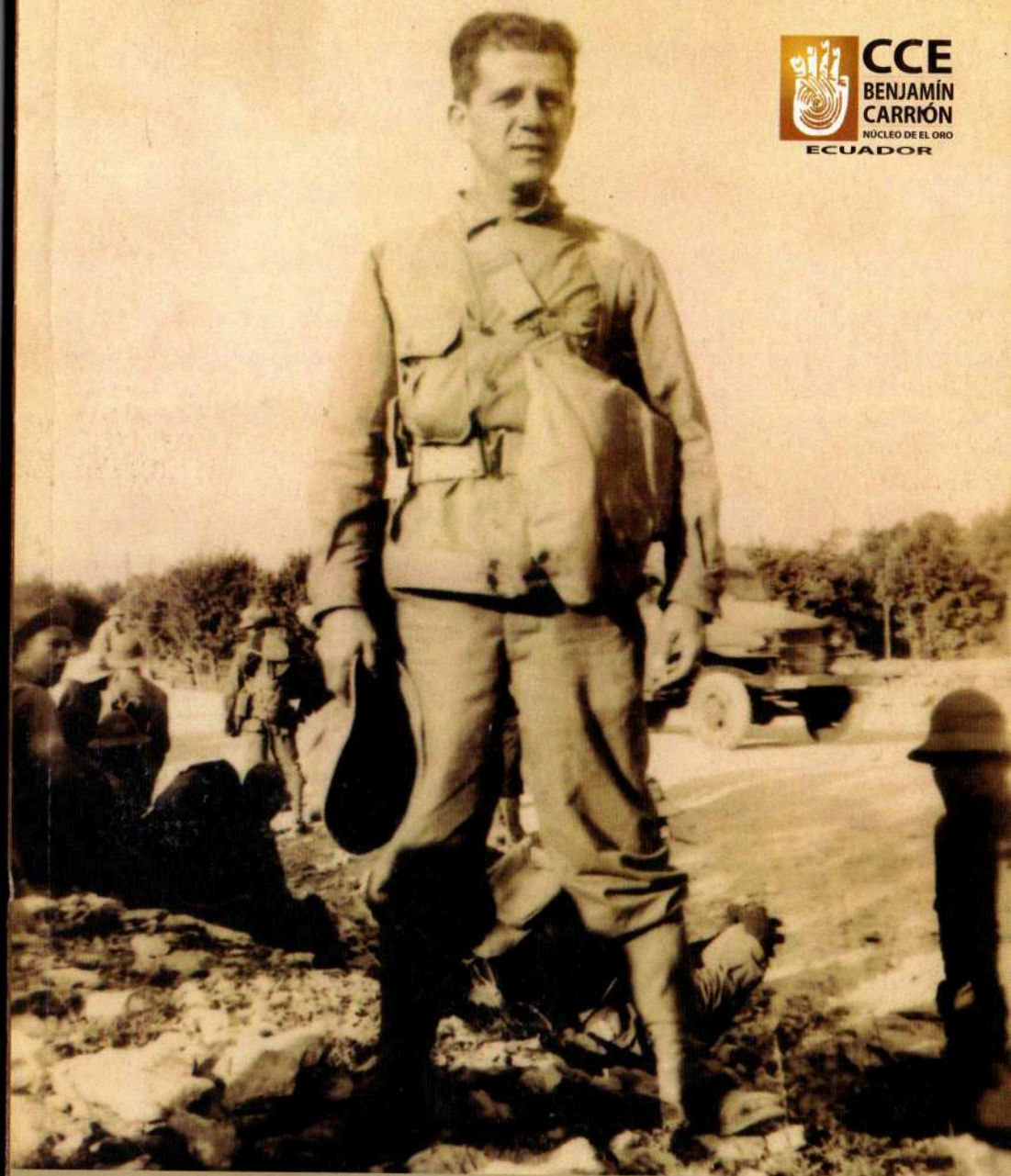




EPISODIO DE MI VIDA

CÉSAR EDUARDO ESPINOZA AGUILAR
ZARUMA – EL ORO

CÉSAR EDUARDO ESPINOZA AGUILAR



E P I S O D I O S D E M I V I D A

CÉSAR EDUARDO ESPINOZA AGUILAR

ZARUMA – EL ORO

EPISODIO DE MI VIDA

Poemario, J. Arturo Pereira Espinoza
Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo de El Oro
Presidencia: Prof. Voltaire Medina Orellana
Imprenta de la Casa de la Cultura de El Oro, diciembre 2013
Administrador: Lcdo. Marlon Lapo Campoverde
Auxiliar: Aniceto Galarza
Corrección en Castellano: Prof. Ángel P. Iñiguez Asanza
Arreglos: Lic. E. Federico Bustos R.
Revisión general: Soc. Clodoveo Astudillo
Machala - El Oro - Ecuador

PRESENTACIÓN

“EPISODIOS DE MI VIDA” es la obra testimonial de César E. Espinoza A, como veterano de la II Guerra Mundial, al servicio de los ejércitos de los Estados Unidos, que tiene el honor de presentar la Colección Jambelí, para autores orenses.

Esta obra escrita en 1994, no pudo ser editada en vida del autor zarumeño. De su contenido, comentado ya en su prólogo por el Lcdo. Federico Bustos R, miembro del núcleo de la CCE de Zaruma, no vamos a referirnos. Nos interesa el personaje y su trascendencia, por el ejemplo de vida, que nos ha legado.

De César Eduardo Espinoza Aguilar, para el común de las personas y familiares, que lo conocieron, se creyó que era un hombre rico, por ello el apelativo de “tío rico”.

Su riqueza no era material. Vivió una vida frugal, organizada y planificada. Su sustento de trabajador de la salud, administrando el Hospital de Río Grande City, en los EE:UU:, y con atenciones privadas haciendo curaciones y poniendo inyecciones, le permitieron hacer ahorros, los que en su totalidad fueron destinados para ayudar a sus hermanos y hermanas, sobrinos y conocidos suyos, tal es así, que a su muerte, no quedó heredad alguna.

Don César, compró una casa multifamiliar en la calle San Francisco, de la ciudad de Zaruma, en la que vivieron cuatro de sus hermanos; otra, en la Calle Colón, ocupada por una de sus hermanas y, una mas, en la calle Alonso de Mercadillo,

La publicación de esta obra cumple con el anhelo del autor:

“Dejar a su familia y amigos un recuerdo imperecedero, que confía, sobrevivirá mucho tiempo para beneficio de las futuras generaciones”.

Un ciudadano del mundo libre, que solo espera el respeto y consideración a que tiene derecho todo VETERANO.

EPISODIO DE MI VIDA

PROLOGO

La buena amistad con César Astudillo Jarrín, un maestro ya jubilado, me permite conocer a un gran personaje, don César Eduardo Espinoza Aguilar, el tío César, o, más identificado en Zaruma, como “El Tío Rico”, quien, después de concederme generosamente su amistad, me obsequia una deferencia muy especial, la lectura de un relato histórico-literario, cuyo contenido, lleno de originalidad, narra numerosas aventuras, hazañas y acontecimientos, algunos casi increíbles, que emocionan de verdad y obligan a continuar su lectura hasta el final.

Don César Eduardo nos ofrece la oportunidad de conocer sus orígenes y su ascendencia familiar, en una primera parte de su narración, intitulada “RECORDANDO EL PASADO”, en la cual, con gran habilidad, traza sus inicios y hace desfilar, como en un escenario dramático, a personajes reales, integrantes más allegados de su cuantiosa familia: sus padres, sus tíos, sus ocho hermanos, sus primos y muchos sobrinos, que paulatinamente van asomando en las diversas escenas, complementadas con la presencia de sus grandes amigos.

Nos cuenta las impresiones de su niñez, sus vivencias escolares en Zaruma, su primer trabajo en el hospital de Portovelo, lo que originó su viaje a los Estados Unidos en 1928, costado por la Compañía y con la recomendación del Dr. Clark. Viajar tan lejos resultaba doloroso, pero jamás

tendría otra oportunidad. Un largo y multivariado itinerario hasta Rio Grande City, donde esperaría por el Dr. Clark, quien le había ofrecido ayudar y se le uniría en corto plazo, pero apenas llegado el Dr. Clark a su casa, le sorprendió la muerte y don César perdió a quien iba a convertirse en su protector.

Empezaron las dificultades para don César Eduardo, pero su afán era superarse y, venciendo todas las adversidades, estudió Laboratorio y Rayos X en Minnesota, cerca de Canadá. Conoció al Dr. Rodríguez, trabajó con él y juntos se ofrecieron voluntariamente para el servicio militar, en 1941, cuando Japón atacó a los Estados Unidos y le declaró la guerra. Con estos sucesos se inicia la segunda parte del relato, denominada: "MI PASO POR EL EJERCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS, la más extensa y colmada de hechos sorprendentes, en cuatro años de su vida como soldado y, según lo reitera, protegido por la religión cristiana, a la que da realce, porque está seguro que por su fe y su creencia en Dios, logró salvar su vida y conservarla hasta hoy.

También se destacan las órdenes recibidas en cada circunstancia: "Be ready to leave any time" = "Estar listo para salir en cualquier momento". "En tiempo de guerra un soldado no sabe a dónde va, hasta que llegue a su destino". "Absoluto secreto". "No hable. Mantenga completo silencio. No hable. No hable".

"Soldados del Ejército Americano: nuestro destino es

Australia, a donde llegaremos en tres días. Saldremos enseguida. Cruzaremos una de las zonas más peligrosas. Podemos ser atacados en cualquier momento por avión, barco o submarino. Traten de permanecer tranquilos. Acuéstense vestidos. ¡Dios bendiga a América!”

Viajes a muchos lugares y por distintos medios de transporte: inimaginable recorrido por aire, mar y tierra, a veces sumergidos. Desde San Antonio-Texas y el Camp Barkley, donde empieza su vida de soldado, por Charleston en Carolina del Sur, viajando en un inmenso tren hasta las costas en Virginia. Aquí desde New Port News en el Hermitage, un barco de gran tonelaje, convertido en Troop Ship = Transportador de tropas, con ocho mil hombres y rumbo a Panamá; desde allí a Nueva Caledonia, isla de Melanesia en Francia. Manifestaciones de peligro y constante temor, pero con la fe en Dios y en sí mismos. Su arribo a Brisbane, Australia, asignado al Hospital No. 42, semidestruido e insuficiente y desde este, al Nuevo Hospital, con 500 camas e incontables heridos, atendidos también por unas 500 personas. Prácticas insospechadas, nuevas y más ricas experiencias y su merecido ascenso al grado de Sargento.

Los japoneses se retiraban después de perder miles de vidas; dejaban la isla Salomón, desde donde atacaban a Australia. Empezaba el principio del fin. Americanos y australianos aprendieron a vivir en paz.

Nueva propuesta; esta vez, del Coronel Yeager y, su decisión voluntaria para viajar a las Filipinas, a una nueva misión. Su respuesta: "Iré a donde usted me mande". Su viaje por submarino, con 32 compañeros, cada uno experto en su rama y, la despedida: "God bless you" - "Dios los bendiga"

Cuando don César se despedía de los médicos del Nuevo Hospital, el Dr. Bowie que no le simpatizaba mucho, le dijo:

- Pucho me gustaría viajar con usted. Y él le contestó:
- No Capitán. A estos viajes solamente van los hombres.

Esta y otras expresiones ponen la nota de humor y buen gusto, que matizan el lenguaje narrativo y disipan la inevitable tensión, producida por los más inadvertidos y peligrosos sucesos, hasta cuando llega a la isla de Negros, Filipinas, que sería el centro de operaciones, para las acciones que vendrían posteriormente y que por encima de las dificultades de hambre, dolor y hostilidad, debían enfrentar y solucionarlas.

Temores por doquier, órdenes superiores que cumplir, resistencia tenaz, valentía, astucia, sagacidad, coraje, perseverancia: en fin, todos los valores y características humanas, necesarias para soportar los embates y las sorpresas de una guerra y sus consecuencias.

El itinerario continuaba, variado y difícil, aunque con los ánimos más tranquilos por los resultados en favor de los americanos. Viaje a Tokio, recorrido por la ruinas que habían producido las bombas: el encuentro con las víctimas inocentes de la guerra, hasta su tan esperado retorno a Estados Unidos: San Francisco, California, Arizona, Nuevo México y Texas, para recibir su baja honorable. Luego en Río Grande City, su encuentro con amigos de antes, la recuperación de sus 30 libras perdidas, su reencuentro con el Dr. Rodríguez y el reinicio de sus labores médicas, el comienzo de su nueva vida en tiempo de paz, el bagaje de experiencias y la recompensa por su arrojo y valentía, que hoy le permiten llevar una vida holgada en un pequeño rancho de su propiedad, compartido con una familia a la que quiere mucho y extraña bastante cuando viene al Ecuador y a Zaruma con el propósito de visitar a sus familiares y amigos.

En síntesis, el relato de don César Eduardo encierra una considerable parte de su vida, la que deberían conocer sus allegados, pero que están muy distantes de imaginar. Esta buena y grandiosa intención justifica plenamente su esfuerzo y aspiración de editar los mejores capítulos a su interesante existencia, que ha conquistado la admiración de quienes lo conocemos.

Lic. E. Federico Bustos R.

EPISODIO DE MI VIDA

ORACION DE PADRE

POR: CESAR E. ESPINOZA

OH SEÑOR, DAME UN HIJO QUE SEA GRANDE Y FUERTE, UN HIJO QUE EN MEDIO DE SU GRANDEZA SEA HUMILDE Y SEPA EXTENDER LA MANO AL CAÍDO. DAME UN HIJO QUE POR SUS ACTOS DE HUMANIDAD SE PUEDA JUZGAR SU GRANDEZA. UN HIJO QUE SEPA HONRAR A SU PADRE Y A SU MADRE. UN HIJO QUE VIVA BAJO LAS LEYES DEL CREADOR. DAME UN HIJO QUE SEPA DEFENDER LOS DERECHOS DE SU PATRIA. AUNQUE ESTO REQUIERA SU ÚLTIMA GOTA DE SU SANGRE. DAME UN HIJO CUYA ARMA DE DEFENSA SEA SU SINCERA ORACIÓN, SU ETERNA FE EN EL CREADOR, EL PADRE DE SUS HIJOS. DAME UN HIJO QUE SEPA LAS LEYES Y CUMPLIR CON SUS OBLIGACIONES ANTE TODO PODEROSO, LLEVANDO SIEMPRE EN SU MENTE QUE CRISTO FUE CRUCIFICADO PARA ENSEÑARNOS LA HUMILDAD, LA JUSTICIA. DAME UN HIJO QUE SEPA HONRAR LOS MERITOS DE SU PATRIA COMPRENDIENDO SIEMPRE QUE LA LIBERTAD NUNCA HA SIDO GRATIS, QUE

NUESTROS ANTEPASADOS DERRAMARON SU SANGRE PARA QUE NOSOTROS BAJO LA PROTECCIÓN DE DIOS PODAMOS VIVIR EN UN PAÍS LIBRE Y JUSTO PARA TODOS. DAME UN HIJO QUE LAS HUELLAS DE SUS VIRTUDES QUE TRAFICAS SEAN EL CAMINO QUE SIEMPRE SEGUIRÉ PARA ASÍ NUNCA ESTAR LEJOS DE TI. Y CUANDO ME HAYAS CONCEDIDO ESTA PETICIÓN, DESDE EL FONDO DE MI HUMILDE CORAZÓN REPETIRÉ ETERNAMENTE, GRACIAS DIOS MÍO, BENDITO SEA TU NOMBRE POR TODA UNA ETERNIDAD. LAS HUELLAS DEL CAMINO QUE DEJAN TUS VIRTUDES SEAN SIEMPRE EL CAMINO QUE ETERNAMENTE SEGUIRÉ PARA ASÍ NUNCA ESTAR LEJOS DE TI.

EL AUTOR

Don César Eduardo Espinoza Aguilar, nació en Malvas, cantón Zaruma, el 11 de Octubre de 1904, hijo del Sr. Juan Aurelio Espinosa y de la Sra. Carmen Aguilar, el tercero de nueve hermanos y le único que hasta hoy se mantiene soltero y que “todavía anda buscando”, según lo expresa amenamente.

Después de nacidos todos en Malvas, se radicaron en Zaruma. Estudio la primaria en la escuela dirigida, en ese entonces, por Don. Guillermo Maldonado Valencia, quien lo estimaba mucho por su responsabilidad e inteligencia. Desempeñó el cargo de portero del Club 10 de Agosto y luego en su misma escuela. En esa época ya contaba con numerosos y buenos amigos.

Las necesidades económicas crecían y fue a trabajar en el Hospital Curipamba de Portovelo. Allí aprendió Enfermería, conoció al Dr. O. D. Clark, por quien en 1928, viajó a Estados Unidos, en dónde se quedó y vive hasta la actualidad, sin dejar de visitar su tierra natal.

Pese a su edad, Don César Eduardo, mantiene un

EPISODIO DE MI VIDA

temperamento jovial, es amable, sincero, generoso. Le gusta departir y dialogar con entusiasmo e interés. Sabe hablar con claridad y escuchar con atención. En definitiva, comparte emocionado sus experiencias que las narra con soltura y con diáfanas manifestaciones de amistad.

En su patria adoptiva conquistó grandiosas experiencias por su participación en la Segunda Guerra Mundial, con lo cual se ha ganado el respeto y admiración de los demás.

Lic. E. F. Bustos R.

RECORDANDO EL PASADO

Por César Eduardo Espinoza A.

Por haber vivido fuera del Ecuador la mayor parte de mi vida, poco sé del origen de mis padres. El nombre de papá era Juan Aurelio Espinosa. Sus dos hermanos fueron Modesto y Basilio Espinosa. De parte de mamá, la familia era más numerosa: Zobeida, Juan Agustín, Leopoldo, la tía Adela. Juan Agustín contrajo matrimonio con una señora González. Mamá se llamó Carmen Aguilar. Se decía que nuestra familia era originaria de Cuenca. V ama y la tía Zobeida se casaron con los dos hermanos, o sea con Juan Aurelio, mi padre, y Modesto. Por esta razón los hijos del tío Modesto y nosotros, los hijos de Juan Aurelio, éramos primos dos veces.

En nuestra familia éramos nueve hijos: Luis Roberto, Ángel Benigno, César Eduardo, Alfonso Aurelio, Carmen Ibelia, Luzmila, Herlinda Victoria, Mercedes Corina y Ernesto Aurelio, el último. Luis Roberto se casó con Inés Romero. Ángel Benigno, con Mercedes Sánchez. César... todavía anda buscando. Alfonso se casó con Bertha

Astudillo. Carmen Ibelia, con Luis Valarezo. Luzmila, con Abel Astudillo. Herlinda Victoria, con Segundo Meza. Mercedes Corina, con Julio Palacio y Aurelio con Enma Jaramillo.

Todos nacimos en Malvas, pero a muy corta edad y por diversas razones nos fuimos a vivir en Zaruma, en donde las escuelas eran mejores y había más posibilidades de trabajar. Mis primeros meses de vivir en Zaruma, nada tienen de agradable, Nuestra pobreza se dejaba ver plenamente y los “zaruchos” no perdían oportunidad para humillarnos. La escuela, sin embargo, fue algo muy agradable para mí. No tuve ningún problema en adaptarme al método de enseñanza. Al contrario, después de poco tiempo, mis calificaciones eran buenas y luego sobresalientes. El Director de la Escuela, don Guillermo Maldonado Valencia dictó una conferencia general a toda la escuela, y nos pidió que hiciéramos un reporte sobre dicha conferencia. Pues bien, mi trabajo fue leído ante toda la escuela y fue declarado el mejor y premiado. Esto fue muy satisfactorio para mí y constituyó una gran ganancia, pues tanto los profesores como los estudiantes me miraban con alguna consideración, lo que era un gran aliento para mí.

Por mediación del señor Maldonado, fui nombrado portero del Club Diez de Agosto, que en ese tiempo funcionaba en el segundo piso de la casa de mi tío Juan Agustín y ahora es propiedad de una familia Jaramillo. Poco tiempo después fui nombrado portero de la Escuela, indudablemente, por influencia del señor Maldonado. Ya

para entonces Zaruma era mi pueblo, me consideraban los profesores y tenía muy buenos amigos. Entre ellos: Edelberto Romero, inolvidable amigo, Humberto Reyes, quien siempre me decía hermano. Rogerio Asanza, quien “me pisaba los talones” en la escuela, y por tal razón me forzaba a estudiar más. Carlos Romero, un buen amigo, pero el peor estudiante de la escuela. Me acuerdo también de Mario Kirby, a quien siempre he buscado cuando voy al Ecuador, pero nunca he sabido su fin.

La familia iba creciendo y los gastos de la casa aumentaban. Lo poco que ganaba papá en Portovelo era insuficiente para mantenernos. Sin otra solución posible, Ángel se vio obligado a abandonar la escuela para poder trabajar. Yo seguí el mismo camino. En Portovelo, me mandaron a trabajar en el Hospital, atendiendo a los enfermos y aseando la sala principal. Como todos los que trabajábamos en Portovelo, tenía que subir y bajar diariamente. Después de algunos meses de arduo trabajo, me concedieron vacaciones, que aproveché con mi amigo Carlos Romero viajando a conocer Loja, a lomo de mulas.

Tres días después recibí un telegrama del doctor: “Lo necesitamos en el Hospital inmediatamente”. Al regresar, me pusieron a cuidar día y noche a un ingeniero de nombre Harold Wittemberg, quien había sufrido un ataque de parálisis. El caso era bastante serio y mi responsabilidad bastante grande. Por la noche me acompañaba un señor de apellido Runagle, de origen alemán y era Jefe de la Tienda.

Pasados algunos meses, el doctor me dijo que bajo mi cuidado, Harold estaba mejorando, que él no podrá volver a trabajar aquí y que necesitaba mandarlo a los Estados Unidos.

Así pasó el tiempo. Una noche, en que estaba cuidando a Harold me llamó uno de los empleados. Hay un herido de la cabeza, me dijo tiene una herida grande y está sangrando bastante. No puedo encontrar un doctor.

Esto era algo muy serio para mí. Yo no tenía autorización para hacer esa clase de curaciones. Ni dilema era muy grande. Si no lo atiendo, el hombre va a perder mucha sangre. Si lo suture, como yo sabía que tenía que actuarse, el doctor podía enojarse y yo perdería el trabajo. Después de encomendarme a Dios con todas las oraciones que recordaba, y ayudado de otro trabajador, hice lo que creía debía hacerse. Unas quince puntadas fueron necesarias para cerrar la herida. Tan pronto como fue posible llamamos al doctor, quien inmediatamente fue a atender el caso. Sin decirme una sola palabra, volvió a poner la curación necesaria, y para alivio mío· partió a su casa.

Cuando el doctor me habló acerca del paciente que necesitaba regresar a su casa me dijo: "Ud. hizo una muy buena curación, atendiendo a ese paciente. Ud. debe ser un muy buen cirujano queremos que Ud. lleve a Harold a su casa. La Compañía se encargará de los arreglos legales y los

gastos de viaje. Al llegar allá, Ud. tratará de hallar trabajo en New Orleans, donde alguien de la familia de Harold se hará cargo de él. Si no encuentra trabajo aquí está la dirección de mis padres en el estado de Missouri “Vaya allá y pronto estaré con Ud. Mis planes son que Ud. entre a la Escuela en septiembre. Yo quiero que ud. sea un doctor.”

Mamá, había muerto hacia un año y yo me encontraba sumido en el profundo dolor que deja la desaparición de un ser querido. Dejar a papá y mis hermanos tan pequeños, no era nada fácil, pero al mismo tiempo pensaba que nunca tendría otra oportunidad como ésta de salir a caminar por el ancho mundo y con la perspectiva de estudiar medicina. Yo tenía mucha confianza en mí mismo y confiaba también en el gran apoyo del doctor, quien me ayudaría lo suficiente hasta llegar a graduarme y vivir mi propia vida.

En marzo de 1928, emprendimos el viaje. Ocho hombres cargaban a Harold. Los demás, todos, viajábamos a mula. Nos acompañaba Mr. Tweedy, el Jefe de la Compañía. El primer día llegamos a la Avanzada. El segundo día arribamos a Santa Rosa. De allí viajamos en barco hasta Guayaquil, en donde se hicieron los últimos arreglos, y en un barco español partimos hacia Panamá. Hasta entonces, el viaje había sido muy tranquilo, pero después de cruzar el Canal de Panamá y entrar al Atlántico, sufrí un mareo que me duró por muchos días.

En New Orleans, según lo establecido, me esperaba

EPISODIO DE MI VIDA

un miembro de la familia de Harold, para que lo llevaran a su casa. Aquí Runagle se separaba y se dirigía a California. Después de esperar inútilmente que alguien se hiciera cargo del paciente, y sin saber nada, no tuve otra cosa que llevar a Harold a su casa, un lugar llamado Álamo, muy cerca de donde yo vivo. Naturalmente, la familia de Harold me recibió muy cariñosamente. De Álamo fuimos directamente a Rio Grande City, donde el Dr. C. J. Martin, cuñado de Harold, tenía su despacho y prestaría al enfermo la atención necesaria.

Tan pronto como pude le escribí al Dr. Clark, el médico que prestaba servicios en Portovelo y que cambió mi vida, haciéndole conocer lo que había sucedido. Su contestación fue rápida: "Salgo de Ecuador en Julio, me pondré en contacto con Ud. inmediatamente para que vaya a mi casa".

Esperaba día y noche, con la angustia y la inquietud y el desaliento del que desespera. Para fines de agosto, nada había sabido aún del doctor. Bastante intranquilo escribí una nota a su casa en Missouri. Enseguida recibí la carta más amarga que ser humano puede recibir, en medio de su desesperación.

La Sra. Clark decía: - "Siento mucho comunicarle que el Dr. Clark murió al llegar a su casa.



Doctor O. D. Clark, Jefe del Hospital Curipamba en Portovelo, quien prometió educarme a su regreso a USA. El Dr. Clark murió al arribar a su casa en el Estado de Missouri

No creo que haya palabras que puedan describir la reacción que causó esa carta. Lo único que me acuerdo es que cerré la puerta del cuarto y lloré desesperadamente. La muerte de mamá, la separación de la familia y ahora la ausencia eterna de mi protector. Naturalmente, mi primer

EPISODIO DE MI VIDA

pensamiento, cuando ya pude pensar, fue regresar a casa, retornar al Ecuador, pero no, no tenía dinero para el viaje. Pasé los días más amargos de mi vida, arrinconado, pensando por qué había tanta injusticia.

El Dr. Martin, compasivamente, comprendió mi situación.

- No se desespere,- me dijo. Aquí le ayudaremos hasta ver -qué pasa.

Poco a poco comencé a trabajar y a reencontrarme conmigo -mismo, y cuando tuve suficiente dinero me fui a estudiar Laboratorio y Rayos X en una escuela, en el estado de Minnesota, esto es, cerca de Canadá.

Los estados de Minnesota y Wisconsin fueron fundados por gente que vino procedente del este europeo. Como consecuencia, un noventa por ciento tiene el cabello rubio, entre quienes me distinguía grandemente con mi pelo negro. Aquí vi cantidades muy grandes de nieve, por primera vez y sentí el frío que nunca había sentido. La temperatura, con mucha frecuencia, baja a 15° y 20° bajo cero. La gente, sin embargo es muy buena y a mí me trataron con mucho cariño. Acompañado de mi amiga Peggy, una simpática muchacha, siempre íbamos a orillas del río Mississippi a pasar ratos agradables en los parques. Este río es el más caudaloso y grande que tiene los Estados Unidos. Se forma cerca de Canadá y desemboca en New Orleans, donde es tan ancho que desde la una orilla no se

alcanza a ver la otra.

Al terminarse la escuela estaba tan quebrado que para pagar mis dos últimas semanas de comida, necesite empeñar mi reloj, lo único que tenía de valor. La depresión en todo EE. UU. estaba en pleno furor. Millones de personas sin trabajo y fábricas que a diario se cerraban. La gente caminaba sin importarles a donde iban o con qué fin. Niños de toda edad dormían a la orilla de los caminos o donde por suerte encontraban un techo. Yo me había graduado, pero ahora me encontraba sin dinero ni trabajo. En desesperación, la escuela me prestó una pequeña cantidad de dinero para que regresara a Texas, mi único amparo.

En una compañía de ahorros, en San Antonio, yo tenía setenta dólares a mi nombre. Escribí reclamando mi dinero y la contestación fue otro fuerte golpe. La compañía se quebró, me dijeron.

Mi regreso a Texas tenía que hacerlo por bus. Viaje días sin descansar y durmiendo en el mismo bus. Mi comida consistía en un dulce y una soda, todo por valor de veinte centavos.

De regreso a Río Grande, comencé a trabajar con el Dr. Martin.

Mi sueldo era muy bajo, pero la escasez de dinero era muy grande. En 1937 viaje al Ecuador, con la intención de quedarme allá pero pronto recibí buena oferta del Dr. Rodríguez ofreciéndome trabajo. Sin pérdida de tiempo

regresé ya con trabajo seguro y un sueldo halagador.

El Dr. Rodríguez operaba un pequeño Hospital y tan pronto como llegué, puso todo en mis manos. Ya seguro y con un posible futuro, trabajaba con mucho entusiasmo y estudiaba lo más que podía a fin de poder afrontar mis respohsabilidades.

En 1941, Japón atacó traidoramente a los EE. UU. y esto alteró la paz mundial, con las terribles consecuencias por todos conocidas. El Dr. Rodríguez fue llamado al servicio militar y yo fui voluntariamente dos meses después. Los años de mi vida como soldado, ya están escritos en otras páginas. Corría el año 1942. El Dr. Rodríguez sirvió en Europa, yo en el Pacífico. Desde Alemania me escribió el Dr. pidiéndome que al represar volviera a trabajar con él como Jefe del nuevo Hospital que pensaba construir.

En los primeros días de noviembre 1945, cuando el mundo comenzaba a reconstruirse, comencé a trabajar nuevamente con el Dr. Rodríguez. Gradualmente, las cosas volvieron a normalizarse. Mis ocupaciones eran más cada día y con ellas la responsabilidad. Pero también mi sueldo aumentaba y yo me sentía muy contento. Pasaron los años y fui nombrado Superintendente del Hospital. Esto quería decir un trabajo de respeto y consideración. Mis ahorros aumentaban satisfactoriamente. El Hospital pagaba todos mis gastos y yo podía economizar la mayor parte de mi sueldo. Durante estos años de bonanza pude traer a mi

sobrino Carlos Valarezo, hijo de Luis, para que se educara aquí. Acto seguido construí mi primer casita, que para mí siempre fue una verdadera joya. Al año siguiente pude traer a Rodrigo. Por esa misma época, yo tenía en mi casa, bajo mi amparo a un niño, hijo de Rodolfo Marks, quien había abandonado a su esposa. Debido a sus necesidades, ésta, la mamá del niño se fué a trabajar en Aurora, estado de Illinois.

Como ella no lo podía mantener, le pedí que me lo dejara, que Yo lo cuidaría. Al niño le pusimos por nombre Quito.

Carlos y Rodrigo se desempeñaban bien en el colegio. Quito era mi compañero inseparable. La casa se veía muy bonita y ya había comprado Yo mi primera camioneta. Todo volvía a su cauce normal. A su debido tiempo, Carlos se graduó y junto con Rodrigo regresaron a Ecuador de vacaciones en el verano de 1960. Al retornar a los Estados Unidos, Carlos ingresó a la Universidad Texas A&M, una de las mejores de Texas. Al próximo año, Rodrigo siguió el mismo camino. Además, Quito tenía suficiente edad para asistir al convento local. Yo, a fin de poder solventar los gastos de estudio de mis sobrinos vivía económicamente y trabajando día y noche.

Cuando todo parecía caminar bien, recibo carta de la universidad informándome que Rodrigo había sido suspendido por no asistir a clases. Lleno de pena lo traje

a la casa y traté de ingresarlo a otra universidad, pero, de acuerdo con las leyes educativas, un estudiante suspendido no podía ingresar a otra universidad perteneciente a un mismo grupo o conferencia de universidades. Para entonces ya había venido a EE.UU. Jorge Meza y se encontraba trabajando en Aurora, una ciudad cercana a Chicago. Después de mucho batallar, Jorge pudo encontrar una universidad que lo aceptara a Rodrigo así es que lo mandé a Aurora donde estaría con Jorge. Pasó el año lectivo y una vez más, mi decepción. Rodrigo había fallado en sus materias. Después de algún tiempo le pregunté a Rodrigo la causa de sus fallas en la universidad. En el Colegio de Rio Grande City, había sido distinguido desde el primer año, ¿por qué falló en la universidad?. Después de mucho pensar me dijo que la separación de sus padres era la causa, que era muy agradecido de mí por toda la ayuda que le había prestado. Quedaban tres caminos que Rodrigo podía tomar: regresar a casa, trabajar o entrar al Ejército. Prefirió este último. Luego del debido entrenamiento fué enviado a Viet Nam y a los 10 meses fué evacuado en un estado de enfermedad tan serio que escapó de morir, tenía paludismo. Al regresar a los EE.UU. se casó con María del Carmen González y actualmente vive en Roma, Texas con su familia.

Fué lamentable que no pude ver graduado de la universidad a Rodrigo, pero él dice que “quien hace lo que puede, no está obligado a más”. Carlos siguió estudiando y tan pronto se graduó, se fué al Ecuador “disparado”. Al

poco tiempo, Ofelia, la mamá de Quito regresó de Aurora y se llevó a su hijo, esta vez para vivir en El Paso. Continué ayudando a Quito financieramente y hoy es un ingeniero trabajando con la compañía Texas Instruments en Abilene, Texas. Quito es muy noble y yo siempre lo he considerado como un hijo mío. Poco tiempo después de su partida, la casa que fuera siempre alegre, parecía un cementerio. Quedé completamente solo.

Entonces, ya sin obligaciones, traté de traer a mi sobrino Jorge Espinosa. Por alguna razón, no fue posible, luego le escribí a Marco que tratara de venir. Tampoco fue posible.

Tratando de comprar un rancho, vendí mi casa y adquirir la propiedad, donde vivo actualmente.

La casa era pequeña, pero como vivía solo no necesitaba mucho espacio. En 1968 viajé nuevamente al Ecuador, y dejé a Rodolfo Marks, entonces esposo de Ruth, a cargo de la casa. Durante mi ausencia, azotó “Biula”, el huracán que inundó a gran parte de la ciudad, incluyendo la casa donde vivía Rodolfo con su familia. Cuando regresé, encontré a toda la familia Marks viviendo en mi casa, que para entonces, yo ya la había reconstruido y modernizado. Después de vivir conmigo por espacio de siete años, les di un pedazo de terreno y les ayudé a construir su casa, en donde, en la actualidad vive Ruth con sus dos hijos, ya que Rodolfo abandonó a su esposa y ahora vive con una mujer

EPISODIO DE MI VIDA

común.

En 1968 murió el Dr. Rodríguez, y poco tiempo después, dos -doctores más, que hacían parte del Hospital. Debido a la falta de médicos, el Hospital forzosamente fue cerrado. Para entonces, yo ya era elegible para el Seguro Social. Con la ayuda del Gobierno y los intereses de mis ahorros, vivo económicamente bien, en paz con Dios, mis amigos y la familia.

Mi residencia habitual es los Estados Unidos, pero constante viajo a Ecuador a visitar a mi querida familia, que, gracias a Dios, aún es bastante numerosa.

Texas, febrero 28 de 1992.

MI PASO POR EL EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

Por: César Eduardo Espinosa A.

Uno de los principales objetivos de mi narración es darle la justa importancia a la Religión, durante la Segunda Guerra Mundial. La Religión tuvo enorme influencia en mi vida de soldado, y es por esta razón que quiero darle el justo lugar que merece.

A fin de hacerme comprender en la mejor forma posible, permítame dar ligera información sobre mi persona. Mi nombre completo es Cesar Eduardo Espinosa Aguilar, ecuatoriano de nacimiento, pero he vivido casi toda la vida en los Estados Unidos. Bajo ningún concepto quiero aparecer o aparentar lo que no soy. Nací humilde y lo sigo siendo, mi propósito es solamente dejar a mi familia un recuerdo que puede durar muchos años, y sea, tal vez, un estímulo para las futuras generaciones, o por lo menos ese es mi deseo.

Como todo el mundo lo sabe, y la Historia así lo cuenta, el fatídico 7 de diciembre de 1941 Japón,

EPISODIO DE MI VIDA

traidoramente, atacó a los EE.UU, bombardeando Pearl Harbor. Como reacción natural, y en su propia defensa, EE.UU declaró la guerra contra Japón. En las guerras generalmente nadie gana, solo hay perdedores, además de las vidas preciosas que desaparecen y son irremplazables. El país se sumió en profundo silencio. Las iglesias se llenaban de fieles. Todo era confusión y temor.

En 1942, tomando en cuenta mi gratitud inmensa para los Estados Unidos, y sabiendo que la mayor parte de mis amigos forzosamente tendrían que ir al servicio militar, ofrecí voluntariamente mi contingente para el Ejército. Ya muchos de mis amigos eran soldados que estaban en el frente de combate, y de muchos de ellos las noticias oficiales no eran nada agradables. Debido a que el servicio médico para los civiles era ya ineficiente, debido a que miles y miles de los médicos habían sido llamados al servicio militar, una de las primeras autoridades de este lugar me llamó para decirme que Rio Grande City necesitaba mis servicios y que yo no necesitaba ir al Ejército si no quería. Generosamente le agradecí a esta persona y le dije que prefería cumplir con mis obligaciones en el Ejército, ante Dios y ante el mundo libre.

Muchos de mis amigos ya estaban en zonas de combate en Europa. Japón era el último enemigo, y esto significaba que había que defender el Pacífico que era por lo que peleaba Japón.

Los días aparecían nublados y presentaban un

aspecto diferente a lo que eran durante el tiempo de paz. El sonido del teléfono o las comunicaciones del Gobierno, hacían temblar de aprensión, por las malas noticias que se recibían a cada rato. Trabajaremos sin cesar, dijo el Presidente Roosevelt y nunca nos daremos por vencidos. Somos hijos de un país libre y todos tenemos la grande obligación de servir en una u otra forma. No hay tiempo que perder ¡Adelante!, hijos de América.

Mi Jefe, el Dr. con quien trabajaba, ya había recibido comunicación oficial de arreglar sus asuntos pendientes, pues pronto sería llamado al servicio militar. Uno de mis amigos se encontraba en el estado de Lousiana esperando órdenes para salir a Europa, posiblemente. No tenía tiempo para venir a casa y despedirse, pero me llamó diciéndome que tendría un fin de semana libre y estaría en un pueblito llamado Louisville. Llenando una maleta de licor, me encaminé a despedirme de mi querido amigo. Como siempre, la pregunta de rigor era: ¿nos volveremos a ver?- Sólo Dios podía contestar esa incógnita. En Louisville, todo lo que mi amigo y yo vimos durante los dos días fueron las cuatro paredes del hotel. El tenía que reportarse a su campo y yo tomaría nuevamente el bus para regresar a Río Grande City. Este era el principio del fin. De mi regreso poco supe, pues la pena de dejar a mi amigo, los pensamientos de que tal vez no nos volveríamos a ver, y el efecto del licor ingerido, me dominaban completamente, a pesar de las doce horas de viaje.



**Camp
Barkley
1942**
El corte de
pelo era
esencial. Así
comienza la
vida de un
soldado

Mi vida como soldado comenzó en San Antonio, Texas. Al salir de Río Grande City, como es de suponer, yo no tenía a nadie que me despidiera. A mis compañeros, como personas de la localidad, los despedían sus padres y amigos que abiertamente lloraban sin consuelo. Aquí, una apreciada amiga, Mary, puso sus manos sobre mi cuello y me colocó una medallita de la Virgen Inmaculada Concepción,

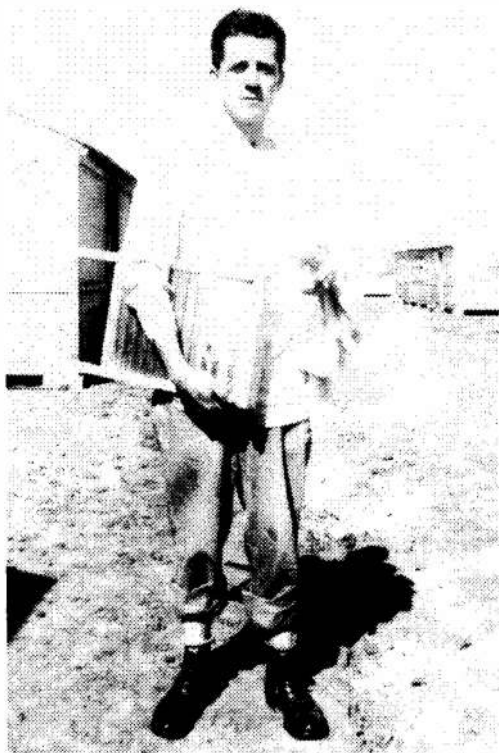
patrona de nuestra ciudad. Unos dos muchachos muy jóvenes también se acercaron a darme un abrazo.

San Antonio era una ciudad muy bonita en tiempos de paz, adonde íbamos varios amigos a pasar fines de semana muy alegres. Pero entonces se había convertido en un enorme campo militar, en donde miles y miles de personas pasaban, en breves instantes, de la vida civil a la militar. El movimiento era increíble y la población había aumentado grandemente.

De San Antonio, ya un verdadero soldado, nos mandaron a Camp Barkley, un campo muy grande donde tomaríamos el entrenamiento básico para ser soldados. Este campo era enorme. Miles de tropas recibían entrenamiento en diversas secciones. La sorpresa más grande que recibí fue que mi primer día como soldado se me ordenó servir en la cocina lavando platos y sirviendo a las tropas. Nada nuevo. Era parte del entrenamiento, y a su debido tiempo todos servíamos como ayudantes en la cocina.

El cambio de la vida civil a la militar no es cosa fácil, especialmente para hijos de padres ricos, acostumbrados a la buena vida. En lo que a mí respecta, no me afectó gran cosa. Siendo hijo de padres muy pobres, nada me molestaba, al contrario, aceptaba las órdenes sin ninguna queja, mientras que otros maldecían sin fin.

Terminado el entrenamiento básico, recibimos las siguientes órdenes: "Be ready to leave any time" (estar

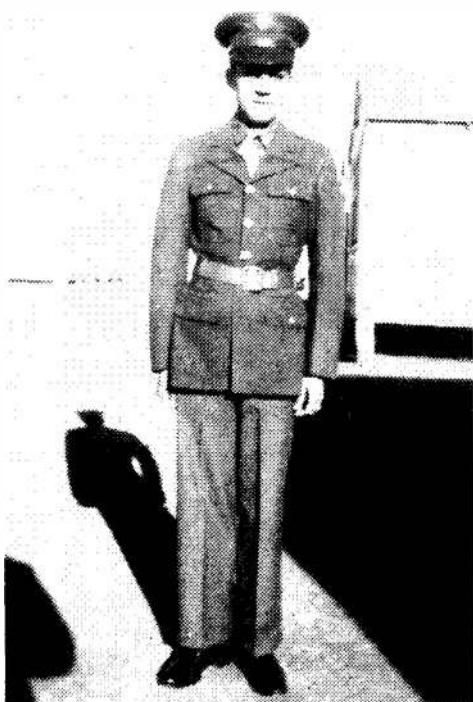


listo para salir en cualquier momento). Ordenes son órdenes y nada había que hacer más que obedecer. Muy temprano fui a misa. Ya todo estaba empacado según órdenes terminantes. La eterna pregunta era ¿a dónde vamos? En tiempo de guerra, los movimientos militares son completamente secretos. Un soldado no sabe adónde va hasta que llega a su destino.

Antes de salir, escribí a mi hermana Victoria, haciéndole saber que estaba bien y escribiría tan pronto

como me sea posible. En buses salimos del campo sin saber qué rumbo tomábamos. No nos era permitido bajar ni comunicamos con nadie, por ningún motivo. Después de largas horas de viaje llegamos a Charleston, Carolina del Sur, situada en la costa este del país. Aquí llovía sin cesar y los rumores de nuestro destino eran horribles: vamos a Alaska, -vamos al Pacífico, vamos a África, era todo lo que se oía día y noche. Aquí ya éramos soldados hechos y derechos. Todo se hacía al estilo militar más estricto. A las cuatro de la mañana, llueva o truene, teníamos que estar en línea para recibir el desayuno, Vestidos con casco y pocho, esperábamos en línea nuestro turno. Este es el “army” era la canción eterna. A los pocos días se dio nuevamente orden de partir. Una vez más, ¿a dónde íbamos? Lo que me parecía cierto era que estábamos en la costa y que la posibilidad de que saldríamos del país era casi una realidad. Esta vez viajamos por tren. Era un tren del que nunca alcancé a ver su fin. Tan grande era. El tren llevaba guardias y nadie podía comunicarse con civiles. Todas las ventanas estaban estrictamente selladas.

Al tercer día observé que todos los nombres de caminos, ciudades y más puntos habían sido removidos. Entonces, le dije a un compañero “Vamos hacia la costa, y eso quiere decir barco y viaje fuera del país”. Yo había estado en lo correcto. A eso de las ocho y media de la noche, el tren comenzó a retroceder; este era el fin de la jornada de tres días. Al arribar vimos el barco que sería nuestro hogar



por mucho tiempo.

Entonces recibimos estrictas órdenes: No hable. Mantenga completo silencio. Guardias por todos lados. La luz deficiente, apenas alumbraba el camino por donde andar. Y nuevamente: -No hable. No hable, nos repetían. Cumpliendo órdenes, uno por uno bajamos del tren y a la vez subimos al barco. Sin haber otro remedio, lo más pronto que pude bajé del tren y subí al barco. Miles de pensamientos cruzaban por mi mente. ¿Sería ésta mi despedida? Lo único que yo quería era avisarle a alguien

de mi familia que salía del país y que nada bueno podía esperarme. Pero esto no era posible, bajo estrictas órdenes. Algunos soldados, los más jóvenes lloraban amargamente; pero allí no había lastimas ni compasión para nadie. Busqué el mejor lugar que pude encontrar, recé mis oraciones y me dormí, a pesar del ruido y movimiento de las tropas que embarcaban, pues me hallaba completamente cansado, rendido. En el tren dormíamos sentados. Ahora, en el barco, acostados, nos rendimos al sueño reparador.



Aprender a ser soldado no era fácil. Campo de entrenamiento Camp Barkley, Texas 1942

Cuando desperté al día siguiente, ya estábamos en alta mar. El puerto de donde habíamos salido era New Port News, en el estado de Virginia, junto a New York. Virginia es un estado muy rico en historia, por haber sido una de las trece colonias que formaron inicialmente los Estados Unidos. El estado ha producido más presidentes que ningún otro, y Virginia quiere decir riqueza en Historia y Literatura. El barco que nos conducía era un barco de lujo en su tiempo, de procedencia italiana, llamado The Count of Savoy. Cuando Italia entró a la guerra, aliada de Alemania, este barco se encontraba en un puerto americano, y de acuerdo con las leyes Internacionales, este barco fue requisado por EE. UU., cambiándosele su nombre por HERMITAGE. Era un barco de tremendo tonelaje, gran capacidad, y en toda forma mostraba el lujo de sus buenos tiempos. Naturalmente, ahora era un Troop Ship o sea un transportador de tropas. La aglomeración de soldados era increíble. Ocho mil hombres viajábamos en el HERMITAGE. Traten de imaginarse, ocho mil hombres en una casa de veinticuatro mil toneladas (la capacidad de los barcos se mide en toneladas). Nuestra dirección, naturalmente, era Panamá. Aquí cruzamos el Canal, y gracias a las mil peticiones, se nos permitió darnos un buen baño en agua dulce. El Canal tiene un río más o menos en su mitad, que, lógicamente, es de agua dulce. Pasadas las compuertas, entramos al gran Pacífico, una inmensidad, imposible de describir. Barcos de todo tamaño, color y forma se unieron

a nosotros para formar el Convoy que cruzaría el Pacífico. Convoy, es una unión de barcos que, en tiempo de guerra se agrupan para protegerse mutuamente. El nuestro estaba constituido por setenta y cinco barcos. Los convoys viajan de la siguiente manera: al centro los barcos que conducen tropa; luego, los barcos con carga, y a los costados, los barcos de guerra, que se constituyen en los verdaderos guardianes del convoy. Estos barcos de guerra, llamados “cruceros”, son barcos no muy grandes, pero armados hasta los dientes; se mueven con tremenda rapidez en caso necesario y a la menor sospecha se movilizan a investigar. Bien contruidos, potentes, bien armados, con personal escogido, estrictamente disciplinado. En nuestro barco era difícil caminar, por el inmenso número de soldados, pero lo que más nos atemorizaba era un posible repentino ataque. Es que viajábamos ya por aguas dominadas por Japón, y había justa razón para que esperáramos lo peor. Nuestra reacción ante el inminente peligro era increíble. Sin tener otra defensa que las oraciones, grandes grupos leían la Biblia en alta voz; otros entonaban himnos religiosos; más allá, en algún rincón, otro grupo, rezaban arrodillados. Algunos se dejaban caer sin importarles lo que pasara. Muchos vomitaban, y los servicios higiénicos no alcanzaban a dar servicio. Un soldado armado puede defenderse, pero en este caso, la única defensa era la Fe en DIOS. El convoy navegaba en completa obscuridad. No se permitía ninguna clase de luz, que pudiera alertar al enemigo.

Fácilmente podría pensarse que algunos soldados son cobardes. Pero es necesario comprender que muchos de estos jóvenes nunca se habían separado de sus casas, que viajar en zonas de combate siembra un temor en cualquier hombre, que viajábamos por mares donde un ataque era mucho más peligroso por el temor de ahogarse. Aún más, Japón anunciaba con mucha frecuencia que el barco en que viajábamos había sido hundido. Esto significaba que Japón seguía nuestra travesía esperando solamente el rato oportuno. Bajo todas estas circunstancias, creo que teníamos justa razón para acogernos al único SER que podía brindarnos la tan ansiada protección: DIOS.

Después de 32 largos días de navegación por el Pacífico, arribamos, por fin a Nueva Caledonia, isla de Melanesia, descubierta por Cook (1774), y perteneciente a Francia desde 1853.

Qué alivio tan grande fue ver a civiles, carros y vida casi normal. Por primera vez se veía sonrisas en los labios de algunos soldados, aunque no sabíamos todavía el destino final. A nadie se le permitió desembarcar. Esto significaba que el viaje seguiría.-

Como era de esperarse, habló el alto parlante: ¡Atención!, Atención!: Vayan al tablero de avisos, es muy importante. El Boletín informativo decía: "Soldados del Ejército Americano; nuestro destino es Australia, a donde llegaremos en tres días. Saldremos enseguida. Cruzaremos

una de las zonas más peligrosas en el Sur del Pacífico. Podemos ser atacados en cualquier momento por avión, barco o submarino. Traten de permanecer tranquilos. Acuéstese vestido. ¡DIOS BENDIGA A AMERICA!

Se acabaron las sonrisas. Nuevamente el silencio, la seriedad en cada rostro. Yo, como todos, meditaba silenciosamente. De repente, los fuertes sollozos de un soldado llamaron mi atención. Me acerqué. Puse mi mano sobre los hombros de un soldado muy joven que lloraba con desesperación. -¿Vio lo que dice el Boletín?- me preguntó. Yo también estoy temblando le dije, pero hemos viajado más de treinta días por aguas peligrosas y nada ha pasado. Tenga fe en Dios y en Ud. mismo.

No creo que mis palabras tuvieran mayor resonancia en este joven, que posiblemente, por primera vez estaba separado de sus padres, en una zona de combate y en medio de una tremenda soledad a pesar de los miles de soldados que lo rodeaban. Parecía que mis palabras no tenían mayor influencia en mi compañero, ya no sabía qué decirle. Pero entonces, como si se hubiera prendido una luz en mi cerebro que ayudara a pensar mejor, le dije: ¿Cuál es tu religión?

- Soy católico, me respondió.
- Entonces, ¿por qué no vamos al templo juntos a rezar?

Caminamos hacia el cuarto que servía de Iglesia, en donde

juntos oramos por largo rato. Ya tranquilos, volvimos a nuestro lugar.

- Muchas gracias,-dijo mi nuevo amigo. Te agradezco mucho el favor. Me siento ya bien. No tengo miedo. Que DIOS te pague.



**Brisbane, Australia 1944-1945 Aún el canguro me
brindaba su cariño**

Tres días después arribamos a Brisbane, Australia. La ciudad se mostraba sombría. Había mucho movimiento, y la gente demostraba gusto en vernos, aunque nadie hablaba. El viaje había durado 36 días. La razón de tanta demora se decía a que en tiempos de guerra, a fin de evitar al enemigo, los barcos se defienden cambiando de dirección, subiendo y bajando, para despistarlos. La llegada de tropas a esta ciudad, era ya rutina diaria y a nadie

llamaba la atención. Nosotros sentíamos el gusto de pisar tierra firme, a pesar de la gran distancia que nos separaba de USA.

Brisbane es una bonita ciudad, a orillas del mar dividida por el río Brisbane que le da una atracción muy agradable. Nuestro campo estaba situado en un hipódromo, en donde, en tiempos de paz, se corrían famosas carreras de caballos. Nada tenía de atractivo ahora, pero después de treinta y seis días en el barco, nadie se quejaba.

Pocos días después, fui asignado al Hospital General No. 42, que funcionaba en un viejo convento. No había comodidades, pero tampoco había algo mejor. Otro Hospital, bajo el mismo nombre, se construía en Holland Park, al otro lado de Brisbane. Al siguiente día comencé a trabajar, atendiendo a heridos y enfermos, trabajaba por las noches y de siete a siete. Ventajosamente, después de siete días, se concluya la construcción del nuevo Hospital, y sin perder tiempo nos cambiamos al nuevo local que brindaba más comodidad. Este Hospital tenía capacidad para 500 camas y era atendido por 500 personas. Los japoneses estaban ya bombardeando la parte norte de Australia, y Brisbane sería una de las primeras ciudades que pagaría el alto precio de la guerra. Esto sería un golpe muy grande para los aliados y los EE. UU. se preparaban a combatir a Japón en toda forma, para evitar la inminente invasión de Australia en donde se habían establecido bases estratégicas y había miles de soldados. Por este motivo, diariamente

llegaban barcos con tropas que pronto enfrentarían al enemigo. Brisbane hervía de soldados. Era difícil toparse con un civil; las tropas ocupaban toda la ciudad.

Los japoneses tenían bases grandemente fortificadas al norte de Australia. Las islas Salomón eran las principales. De aquí saldrían los ataques a Darwin y Australia, principalmente a Brisbane por ser la más cercana. La ciudad estaba sombría y silenciosa, parecía que todos sabían lo que podría suceder.

En el nuevo Hospital, ya me pusieron a trabajar de día, algo más agradable. Un día me llamó un Capitán, el doctor a cargo de mi sección en el hospital. "He leído su récord, me dijo, y he creído que usted es la persona que muchos necesitamos. Entienda ud. que seremos agradecidos si nos ayuda voluntariamente. Tengo un caso muy serio que necesita más de lo que la medicina puede darle. Por esta razón hemos acudido en su ayuda.

- Qué puedo hacer, Capitán, le dije.
- Se trata de un Teniente Segundo, un piloto que está gravemente herido. Lo serio de este caso es que el paciente no nos ayuda; es decir, él cree que nunca se va a aliviar y regresar a su casa como es deseo de todo soldado. Ud. seguirá en su trabajo normalmente, pero tendrá permiso para atender con preferencia a nuestro teniente.

Naturalmente, yo acepté y prometí hacer lo mejor que pudiera. El paciente estaba verdaderamente muy herido.

Parte de una nalga le faltaba, y tenía heridas en varias partes del cuerpo. Disimuladamente comencé a verlo, haciendo pequeñas cositas que él aceptaba con gusto. Siendo una persona muy joven, él aceptó mi ayuda y la forma cómo se la brindaba. Uno de los problemas era que, debido a tanto trabajo, no se le podía dar a él la atención que esperaba. Mi ocupación era llenar ese vacío sin que el teniente supiera el propósito de mis atenciones. Esto no era fácil. Las atenciones médicas las recibía de parte de los doctores y personal profesional. Mi trabajo era diferente. Le daba todo el tiempo que podía disponer, atendiéndolo en forma especial. Cuando había tiempo le contaba la historia de mi vida en el Ecuador, de mi familia, mis muchachadas y al fin mi ida a los EE. UU. y lo que la suerte me traicionó. Para él todo esto era una gran cosa y me escuchaba muy atentamente. Cuando tenía algo interesante que leerle, lo hacía y él me escuchaba atentamente. Así transcurrían las horas y yo veía que mi paciente mejoraba día a día.

Cuando menos lo esperaba, me llamó el Capitán, o sea el médico a cargo del teniente. -Estamos muy agradecidos de su ayuda, me dijo. Su país le agradece y yo personalmente, le doy mi profundo agradecimiento; pero ahora tenemos otro problema: el teniente ha aprendido a depender de Ud. en ciento por ciento y esto no puede continuar así. Necesitamos que sin lastimar al paciente, Ud. poco a poco se vaya separando de él.

Esto no era nada agradable para mí, pero se trataba de él.

Siguiendo las instrucciones, poco a poco me fui separando, pero tanto por su bien como por el mío, necesitaba verlo cuando era posible. El me reclamaba, pero mi excusa era que teníamos mucho trabajo, que el número de heridos que llegaban diariamente era muy grande. Para entonces, ya había pasado cosa de dos meses.

Un día me mandó a llamar. Corrí a verlo y cuál no sería mi sorpresa. Estaba sentado en la cama, con uniforme y con gran sonrisa en sus labios. Nada me dijo, y yo me quedé sin palabras por un largo rato. Mi deseo era abrazarlo; pero, entre un simple soldado y un oficial hay mucho respeto. El tampoco decía nada, pero en su camisa noté la insignia. Había sido ascendido a Capitán. Sin poder resistir más a mis impulsos, lo abracé fuertemente, pasara lo que pasase. Luego me retiré un poquito y con el respeto merecido, lo saludé militarmente. Con los ojos humedecidos me retiré a mi trabajo. Esa tarde salió para los Estados Unidos mi joven amigo de 21 años de edad. Nunca olvidaré sus emocionantes últimas palabras: “ No sé como agradecerle, ni tengo dinero para hacerlo, pero cuando regrese a mi casa, le contaré esta historia a mi mamá; ella sabrá qué hacer por Ud. religiosamente”.

No sé si fue por recomendación del Capitán o por mi propio trabajo; lo cierto es que a los pocos días fui ascendido al Departamento de Cirugía, con el grado de Sargento. Esto para mí era increíble. Pensar que un humilde JUTUNGO fuera ascendido a Sargento en el Ejército de los Estados

Unidos. Sargento quería decir: más respeto, consideración y comedor separado. Yo me sentía muy orgulloso de dar un buen nombre a mi país.

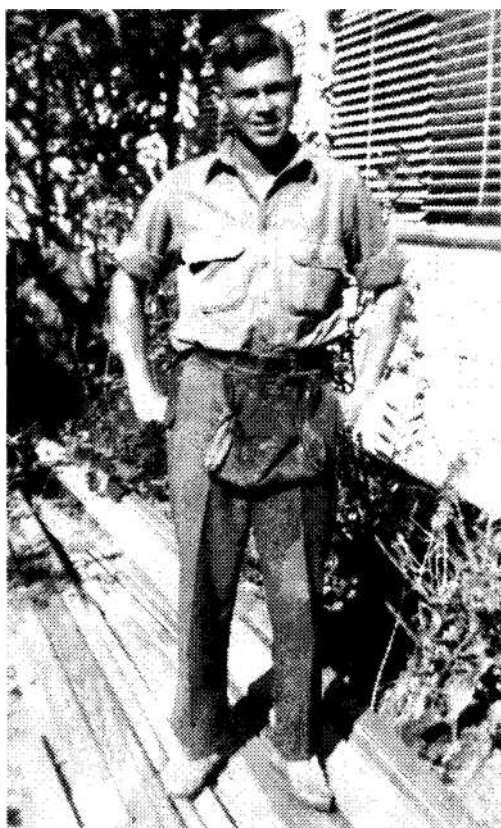
En el Departamento de Cirugía, como es natural, estábamos en continuo contacto con los doctores, todos con el grado de Capitán, que es lo menos que pueden ser al ingresar al servicio. Los doctores no le daban mayor importancia al grado que les otorgaba el Ejército. Todos eran dignos profesionales y sumamente dedicados a cumplir con sus obligaciones dentro del Ejército. Las operaciones eran continuas y a veces urgentes. Había también enfermeras y tres Sargentos, yo uno de ellos. Generalmente, los doctores nos trataban muy bien, a excepción de un “maldito” llamado Bowie, histérico, grosero y muy desconsiderado. Asistirlo en sus operaciones siempre era un castigo para los de grado inferior a él. Nadie de nosotros lo queríamos y las enfermeras trataban también de no tener nada que ver con él.

Un día me llamo para que le diera el jabón especial que se usa para lavarse las manos antes de operar, Llené el platillo de jabón, pero esto no le gustó al Capitán. Sin decir media palabra, tomó el platillo y vació el jabón en el lavabo.

- Traígame más jabón,- me dijo. Sin saber qué más hacer, fui con la Supervisora y le conté lo que había pasado. Dele más jabón,- me dijo; ése es el único que tenemos. Al llevar nuevamente el platillo, Bowie tomó mi

JUTUNGOS: nativos de Malvas, provincia de El Oro, Ecuador.

mano y la introdujo en el jabón, diciéndome: -éste sí es jabón. Yo me quedé completamente mudo y temblando de coraje. Mi pensamiento fue herirlo pásame lo que me pase. Verdaderamente no sé cómo me detuve y después de una larga y sucia mirada, me retiré echándole todas las maldiciones que yo sabía. Si antes no lo quería, ahora lo odiaba profundamente. El problema era que yo como subalterno no podía vengarme de ninguna manera.



**Keith Johnston,
aún era civil
cuando nos
hicimos amigos
1944**

Con mi grado de Sargento, más considerado, me sentía muy bien. Mis amigos me felicitaban cariñosamente. Cerca de nuestro campo vivía una familia de apellido Hiddle. Buscando quien nos lavara la ropa, conseguimos que esta familia nos diera este servicio.

La señora Flo y su esposo Jack, nos dijeron enseguida que tenían obligación de ayudarnos, y nos lavarían la ropa con mucho gusto. En el Hospital tuve la oportunidad de conocer a un joven llamado Keith Johnston. Nos veíamos diariamente. El trabajaba como ayudante de carpintero en



Familia F. Hiddle Brisbane, Australia. Guardo una profunda gratitud para esta familia, quienes supieron darme un hogar tan lejos de mi Patria 1944-1945

el Hospital. De una u otra manera nos hicimos muy buenos amigos, y al poco tiempo casi fui parte de su familia. En mis días de descanso, siempre los pasaba en su casa, donde comía y a veces dormía. Yo estaba muy contento. Además, para esta época, nuestras tropas ya habían dado al enemigo el primero y tal vez más duro golpe que luego concluyó con el fin del Japón.

Después de larga lucha y la muerte de miles de personas, al fin los japoneses tuvieron que abandonar la isla Salomón, la base tan fortificada, desde la cual lanzarían la invasión a Australia.

Aquí comenzó el principio del fin. Naturalmente, heridos y enfermos llegaban a cada rato, a pesar de haber otros hospitales cercanos a la frontera. Poco a poco, el trabajo en el Hospital llegó a disminuir. El contraataque aliado había comenzado; el frente quedaba más lejos y era indispensable seguirlos para darles ya ayuda necesaria, la ciudad se fue normalizando poco a poco, y el número de soldados había, disminuido grandemente. Generalmente hablando, americanos y australianos vivían amistosamente. El único problema era que el soldado americano ganaba más dinero que el australiano, y como consecuencia se llevaban las mejores muchachas; nada agradable, pero los australianos lo aceptaban a fin de mantener la paz.



Un día recibí ordenes de reportarme a la oficina del Coronel Yeager, el Jefe del Hospital. Un poco asustado y sin saber que pensar, cumplí la orden. Fui recibido con cierta amistad, posiblemente, a fin de que yo pueda hablar normalmente, sin temor de faltar al respeto.

-Hemos visto su record,- me dijo el Coronel. Ud. siempre ha trabajado en Hospitales y con doctores. Por esta razón queremos saber si Ud. **voluntariamente** quisiera salir de Australia a servir en otra parte. Esto, ante todo es estrictamente voluntario de su parte; y, bajo mi garantía, nadie le reprocharía si Ud. no quiere ir. Piénselo bien, piénselo, le repito, y le volveré a ver. Bajo ningún pretexto ni excusa o razón, Ud. puede decirle a nadie lo que le he dicho. Puede retirarse.

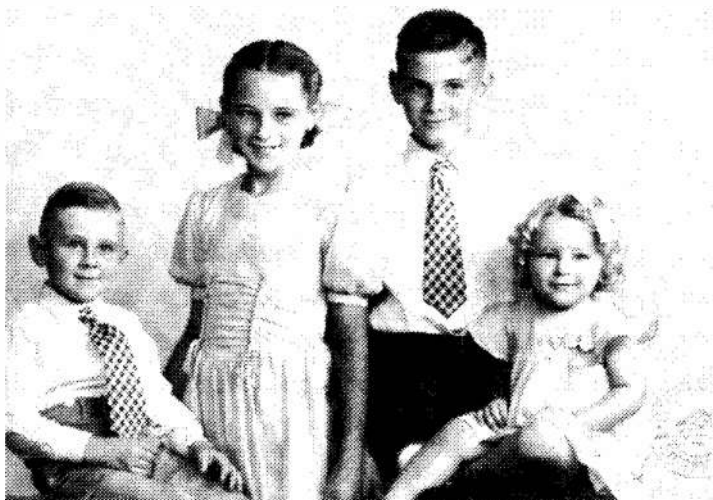
Sin saber qué pensar, me inquietaban las miradas de mis compañeros, que sabían que había reportado a la oficina del Jefe.

A los cuatro días, nuevamente fui llamado ante el Coronel.

- ¿Qué ha pensado?, fue su pregunta.
- Iré a donde Ud. me mande, le dije.
- Una vez más, este queda a lo que Ud. diga. Nadie lo forzará,

y no habrá ninguna queja contra Ud. Usted irá como médico a cuidar un grupo de soldados que van en misión muy importante. Le volveré a llamar. Puede retirarse.

No puede ser que nos manden a Europa- pensaba yo, donde la guerra está a favor de los Aliados. No me pueden mandar a los EE. UU. Quedaba solamente un camino: seguir a los japoneses. Días después me volvió a



Durante un día de descanso. Brisbane, Australia, 1944. Siempre me gustó ser amigo de los Australianos, quienes me trataban con mucho aprecio. 1944-1945

llamar el Coronel.

- No es tarde para que Ud. se arrepienta, me dijo. ¿Cuál es su decisión?
- Viajaré, Coronel. -¿Está Ud. seguro?
- Sí señor.
- El viaje es extremadamente peligroso, y nada podemos garantizarle.

Naturalmente tendrá toda la protección que le dará el Ejército, pero esto no es garantía en un ciento por ciento. El viaje será por submarino. El grupo se compone de 32

hombres, cada uno especialista en su ramo. La misión es sumamente importante y por ninguna razón divulgue Ud. nada de lo que le he dicho; si lo hace, puede causar la muerte de todo el grupo.

En el Departamento de Cirugía, me miraban, con sospecha, pero nadie preguntaba nada. Lo único que se sabía era que pronto yo saldría de viaje. Ni yo sabía quiénes eran mis compañeros. De aquí en adelante, las cosas se sucedieron rápidamente. Fui transferido a la Fuerza Aérea No. 13, que era la encargada de darle palo al Japón en el Sur del Pacífico, por donde nosotros teníamos que navegar. El Coronel nos habló al Grupo y por primera vez supe quiénes eran mis compañeros. Las palabras del Coronel fueron como suelen ser siempre las expresiones de un oficial bien educado: "El viaje será largo y muy peligroso, debido a que cruzarán aguas controladas completamente por Japón. El destino final de esta misión es las Filipinas. Les deseamos buena suerte." GOD BLESS YOU" (DIOS les bendiga).

Fui a despedirme del Departamento de Cirugía. Algunos doctores se me acercaron al salir. Entre ellos estaba el Dr. Bowie, quien al despedirme me dijo:

- Mucho me gustaría viajar con usted.
- No, Capitán, - le conteste. A estos viajes solamente van los hombres.

Lleno de satisfacción y riéndome, me retiré a mi barraca a esperar el camión que nos llevaría a un campo especial,

fuera de la ciudad, en donde recibimos instrucciones más precisas: “Van a la isla de Negros. Viajarán por el Sur del Pacífico, si es posible. Las Filipinas han estado y aún están bajo el completo dominio del Japón. Hay peligro a cada paso que den. Nunca abandonen sus armas; cuídenlas como un gran tesoro; pueden salvarles la vida. Por ninguna razón tomen agua de ríos o arroyos. Estas aguas están muy contaminadas y son muy peligrosas. Trabajarán en unión de los guerrilleros filipinos, quienes les ayudarán en todo lo que puedan. Hay muchas enfermedades y escasez de comida y ropa. No traten de insultar a ningún guerrillero; estos hombres han sufrido mucho, y matar a una persona, para ellos no es problema, el mundo los ha hecho crueles, tengan mucho cuidado y por ninguna razón traten de humillarlos. En las Filipinas se hablan muchos dialectos, pero donde Uds. van, el “Tagalog” es el más usado. Llevan dos intérpretes para que les ayuden si es necesario. Machos filipinos hablan inglés, sobremodo los jóvenes. Hay abundancia de cocos y el agua es sana y agradable. Usen esta agua para tomar. Si necesitan, agua, de coco, díganle a un filipino que les baje el coco. Estas son las palabras que necesita: “Si sigpna. Saca buton”. Esto quiere decir: bájeme un coco. En zonas de combate, todo es posible. Si por alguna razón tienen que enfrentarse a un japonés, bajo ningún sentido, por ningún motivo le hagan confianza. Son grandes traidores y lo matizan a Ud. en la primera oportunidad. Si tienen preguntas que hacernos, háganlas.

Esta es la última oportunidad. Que DIOS los cuide. El Jefe de Uds. es el Teniente Rexford. Buena suerte. Estén listos, Pronto saldrán de aquí.”.

Los filipinos que llevábamos como intérpretes eran Atad y Alvarado, hijos del lugar donde íbamos, pero americanos por naturalización. Temprano al siguiente día fueron los camiones que nos conducirían al aeropuerto. Horas después arribamos a Nueva Guinea. Fuimos recibidos en una base naval bien organizada. La comida era excelente. Como todas las bases en el Pacífico, ésta se encontraba a la orilla del mar y adornada por cientos de palmas, que por esos lugares crecen en abundancia. Al amanecer, lo primero que vimos fue el submarino. Por primera vez tenía la oportunidad de conocer un barco de esta clase, tan cerca. Parecía una enorme ballena que mucho ha peleado para, sobrevivir. Nada atractivo; una construcción de fierro, que parecía cansado de vivir. Este submarino sería nuestra casa por nueve largos días a través de mil peligros. A cierta hora recibimos instrucciones de abordar el submarino. Estos barcos tienen la entrada por encima y las puertas se cierran dándoles vuelta como las de los bancos donde se guarda el dinero.

Uno por uno, mis compañeros iban desapareciendo absorbidos por el enorme ataúd de fierro, que nada parecía conmoverle. Cuando me tocó el turno, entregué mi equipaje. A la entrada estaba un Capitán de la Marina. Me dio una tarjeta con instrucciones que podía escribir a quien

yo quisiera, pero lo único que podía decir era que estaba bien, que viajaba y que escribiría cuando pueda. Cumplí con las instrucciones y le pregunté al Capitán cuál era la fecha. Cuando me contestó, yo solté una carcajada que no pedía contenerla. El Capitán esperó, pero al rato parecía que se inquietó creyendo que yo me había alocado, algo que con mucha frecuencia pasaba entre las tropas. Al fin pude controlarme, y el Capitán me preguntó:

- Qué pasa!
- Es que hoy es mi cumpleaños, Capitán. Era octubre 11 de 1945.
- ¡Feliz cumpleaños, Sargento!,- me dijo el Capitán.

Adentro había un oficial recibiendo a los soldados y yo aún me reía, un poquito. - Me alegro de ver a un pasajero que se siente alegre, me dijo. Esta será su casa por la duración del viaje. Aquí no espere ninguna comodidad. Busque donde acomodarse, y no trate de buscar nada mejor. Bajo ninguna condición está permitido moverse de su lugar, hasta que no se le diga. Para usar los servicios higiénicos, llame a uno de los tripulantes; ellos le ayudarán. Le avisaremos la hora de la comida. Coma y regrese inmediatamente a su lugar. Los pasillos deben estar siempre libres, en caso de emergencia. El submarino es un barco donde cada cosa tiene su lugar. Nada puede estar fuera de orden. Todo tiene que ir asegurado, y la tripulación es personal bien entrenado que vive bajo estricta disciplina. La mayor parte son personas

muy jóvenes, delgadas y muy despiertas. Al sonar la alarma, parece que vuelan a sus lugares de servicio. Debido a que pasan tanto tiempo bajo el agua, todos son algo pálidos, pero ganan bien y con frecuencia tienen sus vacaciones para restablecerse. Unos compañeros y yo, sin tener otro recurso, tratamos de hacer cama encima de unos cajones de carga muy pesados, tanto que era imposible moverlos. Ayudados de colchas, hicimos lo que mejor pudimos. Nada cómodo, pero no había, más. La vida en el submarino era sumamente inactiva. La comida, muy buena; pero, tener que vivir encima de grandes cajones de carga, no era nada halagador. Había sin embargo algo que nos alegraba. Todos los que voluntariamente íbamos en esta misión, fuimos ascendidos un grado. Yo era ya Staff Sargent, un grado que merecía respeto y alguna consideración, además de una paga mejor. El NORTHWALL, nombre del submarino, era un tipo muy viejo, y por lo que supimos, muy astuto, gracias a Dios. Este tipo de submarino tiene que salir a la superficie, de tiempo en tiempo, para cargar las baterías, según se nos dijo. Naturalmente, a nosotros no se nos permitía ver nada de esto, debido a que cruzábamos por aguas muy peligrosas. Nuestra presencia fácilmente podía causar algún problema, en caso de emergencia. Además, eso no era negocio nuestro. A eso del cuarto día, el submarino forzosamente tenía que salir a la superficie, para poder cruzar el estrecho de Tagui-Tagui, al norte de Borneo. Aquí la profundidad no era suficiente para que el submarino avance. El estrecho

es de poca distancia y prestaba alguna seguridad, porque el enemigo no esperaba que cruzaran submarinos por ahí. Pasado el estrecho, se juntaron cielo y tierra. Todas las alarmas del submarino sonaron desesperadamente, y el altoparlante repetía en alta voz "Crash Dive!, ¡Crash Dive! Este quiere decir que el submarino se voltea de punta con increíble rapidez y se sumerge como una enorme piedra lanzada al agua. Yo traté de agarrarme de algo, pero todo desapareció y nada supe de mí. Lo único que me acuerdo es que dije: A DIOS ENTREGO MI ALMA.

Al sumergirse el submarino tan rápidamente, causa una tremenda sensación. Los oídos parecían que llevaban un tren y que soplaban terribles vientos. Al sumergirse el submarino se oyó un ruido que los sacudió todo. Francamente, yo creí que nos había, llegado el fin. Los cagones de carga en que dormíamos, se dieron la vuelta y parecía que un gran terremoto cambiaba la forma del mundo. Cuando volví en mí, en un tiempo que nos pareció una eternidad, me di cuenta que en medio de la carga aún estaba vivo. Mi cabeza, parecía que se movía sola, sin mi control, y no podía concentrar mis pensamientos, poco a poco mi vista se fue aclarando y después de remover cajones, pude sentarme para recuperarme de susto tan grande. Me tocaba el cuerpo en busca de sangre o heridas, pero no encontraba nada; me quedé sentado por largo rato y cuando traté de levantarme, se oyó el altoparlante que decía: "No se mueva. No hable con nadie. Por ninguna razón toque ningún fierro o tubo.

Trate de estar tranquilo”.

Yo me sentía atontado, pero parecía que no había recibido ningún golpe. Sin decir ni una palabra, se apagaron los motores. Increíble, pero en cosa de minutos, respirar era un problema. La falta de oxígeno nos hacía sudar copiosamente. Yo veía a mis compañeros como unos monstruos muy altos, muy flacos y con la cara que les llegaba a las rodillas. Los minutos parecían horas y la angustia era terrible. Pensaba en mi casa, mi familia y otras cosas que habían sido parte de mi vida. Un compañero cayó al piso desmayado, por la falta de oxígeno. Inmediatamente le aplicaron suficiente oxígeno para que se sentara y nada más. Yo me resigné a recibir, lo que yo creía, era el fin del mundo y de mi vida. Inesperadamente, apareció un marinero mostrándonos un cartel que decía: “No hablen, Todo está bien. El enemigo nos busca. No desesperen. Pronto seguiremos el viaje”. Naturalmente, él sabía lo que decía; pero para nosotros, lo real era que los motores estaban apagados, y el barco no se movía.

A los submarinos se los detecta por el ruido; pero como nosotros no lo sabíamos, creíamos que se acercaba nuestro fin. Pasaron más de quince minutos; estábamos bañados en sudor y la desesperación de no poder movernos, se añadía a nuestra angustia. Yo rezaba desesperadamente y decía mi eterna oración: A DIOS ENTREGO MI AIMA.

Al fin se prendieron los motores, ya podíamos respirar y

poco a poco se volvió a la normalidad. Desde el altoparlante se nos habló así: Seguiremos nuestro viaje. Ya ha pasado la alarma.

El miedo es algo terrible, Nos afecta de tal manera que todo es diferente. En mi mente tenía la idea de que el submarino no se movería más, que nos quedaríamos sepultados a 600 pies en el fondo del mar. Bajo el agua, el movimiento del submarino no se sentía; pero, por lo que veíamos, todo caminaba normalmente.

Al siguiente día nos dieron una explicación: Cuando el submarino cruzaba el estrecho de Tagui-Tagui, el avión lo localizó, y como estas aguas estaban controladas por Japón, atacó sin ninguna duda. Lanzó dos bombas, pero debido a la estrategia del submarino, nada sucedió. Como ya se ha dicho, esta misión era completamente secreta. Por esta razón, el avión, que era uno de los nuestros, sin saberlo, atacó al submarino, que también era nuestro. En la guerra suceden cosas increíbles. En otras palabras, un avión de la Fuerza Aérea No.13, de la cual éramos parte, nos atacó, por ignorar nuestra misión. Aparentemente, todo caminaba con tranquilidad, luego del incidente narrado, pero, en verdad había mucha inquietud, pensando cuándo llegaríamos a las Filipinas, nuestro destino.

Una noche llegamos a una pequeña isla que era todo un arsenal, con excepción de cañones. Había armas de todo calibre. Pueden escoger el arma que Uds. prefieran,

nos dijeron, pero no lleven más de lo que puedan cargar. Yo preferí la pistola calibre 45, la oficial del Ejército y una carabina para larga distancia. Esto se hizo rápidamente y salimos sin pérdida de tiempo. Al día y medio, más o menos, llegamos al fin de la jornada, la isla de Negros, en las Filipinas. Arribamos durante el día, pero tuvimos que esperar la noche para, desembarcar. Naturalmente, los guerrilleros filipinos ya nos estaban esperando. A eso de las 9 de la noche, protegidos por la obscuridad y el silencio, comenzamos a desembarcar. Esto no era tan fácil como parece, las instrucciones eran: Camine con mucho cuidado. Agárrese del cable hasta que pueda recibir ayuda. Esto se debía a que después de nueve días bajo luz artificial, era imposible distinguir absolutamente nada. Se oía al compañero que lo seguía, pero era imposible distinguir algo. Al llegar al borde del submarino, se oían las voces de los filipinos que decían: ¡Salte!, ¡Salte!, lo cual no era fácil, sin ver nada. Al fin di un gran salto y caí en medio de los filipinos que nos esperaba en canoas para llevarnos a tierra. La luz era mínima e igual el ruido. Los filipinos me dejaron en tierra y sin perder tiempo regresaron a seguir descargando el submarino, que tenía que marcharse tan pronto como le fuera posible. Más de una hora espere a ver si aparecía algún compañero. Nada. Silencio y completa obscuridad. Sin poder hacer otra cosa, tendí una colcha y me acosté, contento de estar en tierra. La brisa del mar era refrescante, pero el ruido de los sapos y otros animales que viven cerca

del agua, me molestaban un poco. La noche fue larga y terriblemente incómoda. Algo me estorbaba y no dejaba que mi espalda descansara como correspondía. Con tanta obscuridad, era imposible tratar de moverme. La mañana fue tranquila y las palmas se movían con la suave brisa del mar Zulú. Me levanté y recogí las colchas a esperar lo que vendría. Cuál mi tremenda sorpresa al levantarme, una enorme tortuga se estiró y tranquilamente se fue, dejando honda huella donde yo la había aplastado toda la noche. Esto me hizo reír bastante, y miré con cariño y gratitud a la señora tortuga por haberme acompañado toda la noche. Ella, sin embarco, no se impresionó y tranquilamente comenzó a pellizcar su desayuno.

Poco a poco fueron apareciendo mis compañeros. Cada uno había dormido como y donde pudiera. Nos llamaron al desayuno consistente en agua dulce y un poco de maíz tostado. Nos habían dicho que Filipinas había mucha pobreza. Enseguida comenzó el movimiento cargando las canoas que nos llevarían a nuestro destino final, por muchos meses. Un número de canoas caminaban juntas y hacia el mismo lugar. Después de navegar por varios ríos, bastante sucios e infestados de cocodrilos, llegamos, por la noche, a lo que sería nuestro campo permanente. Estábamos a la orilla de un río y a poca distancia del mar. Para mí y mi despacho medico había una chocita construida, como todas las demás, de bambú, o sea una especie de chacla bastante gruesa. Las estaciones de de comunicación que eran parte

del grupo, estaban en otra choza cerca de la mía.

La novedad de que tropas americanas habían llegado a Negros, las primeras sin duda, pronto se regó. En corto tiempo empezaron a llegar enfermos y heridos de toda clase buscando ayuda médica. Ventajosamente, el gobierno me había dado dieciséis cajones de medicinas incluyendo narcóticos e instrumentos de cirugía. pronto me ocupé tratando de aliviar a los cientos de personas que llegaban a cada rato. Entre los guerrilleros el mayor problema era el paludismo y grandes úlceras que habían hecho feas llagas en las piernas, dónde les vertía pus que atraía cantidad de moscas. Sin tener un trapo con que cubrirlas, las tapaba con hojas de plantas. Durante mi permanencia creo que curé más de cien afectados con estas úlceras. La falta de vitaminas era uno de los grandes problemas. Con bastantes vitaminas y algún cuidado, las úlceras se curaban rápidamente. La falta de comodidad era grande, pero nadie se quejaba. Lo que más falta me hacía era la luz, en ciertos casos.

La silla para poder hacer las curaciones era una palma que cortamos fuera de la choza y dónde podríamos aprovechar todo lo posible de la luz del día. La popularidad de nuestra, llegada se extendió se extendió como un incendio. Era un problema encontrar siquiera una aspirina, pero mi repertorio era muy grande. Mis órdenes eran ayudar a todo el que pudiera. Esto lo cumplí yo con mucho gusto y frecuentemente atendía a más de treinta pacientes por día. Algunas de estas personas caminaban tres hasta

cuatro días por la montaña para llegar a recibir ayuda médica. Pronto. Pronto note que el problema comida era asunto serio. Los filipinos, con justa, razón, habían creído que nosotros llevaríamos comida, al menos para nosotros mismos. Resultó todo lo contrario.

La Fuerza Aérea, bajo la cual nosotros trabajábamos, debía aprovisionarnos de comida por paracaídas, lo cual no se pudo cumplir por cuanto se descubrió que en una ciudad cercana, D maguetti, estaban estacionados siete mil japoneses. Ver paracaídas significaba para el enemigo que ahí estábamos. La comida diaria era el “arroz mote”, tres veces por día. Tomábamos mucha agua de coco y esto parece que nos ayudaba a soportar el hambre. Dinero teníamos, pero no había nada que comprar, y el dinero no valía nada.

Nuestro grupo, compuesto de 32 personas, se dividió en grupos pequeños de ocho hombres cada uno. Cada grupo estaba equipado para operar individualmente, o sea como unidades. Estos grupos fueron enviados a diferentes islas, a desempeñar el mismo trabajo nuestro. El Jefe del Grupo era el teniente Rexford y yo era el médico responsable para todos los grupos. Nuestro trabajo consistía en lo que se llama GROUND OBSERVATION; esto es, un tipo de espionaje que observa todo lo que sea posible y reporta enseguida, por cualquier medio a la oficina central ubicada en Leyty. A propósito de esto, la eterna broma, entre nosotros, era que habíamos entrado un día antes que el General Mac

Arthur, el hombre que derrotó a los japoneses. Octubre 19 y Octubre 20.

A los cuatro días de haber arribado a nuestro campo, recibí información de que uno de los soldados, acampado en otra isla, estaba enfermo. Mi obligación era atenderlo. De acuerdo con uno de los filipinos que nos acompañaban, y que conocía esta parte de la isla, Ud. viene conmigo, le dije, tengo que asistir a este hombre que está muy enfermo, viajamos mañana, muy temprano.

Al siguiente día, después del plato de arroz, iniciamos la jornada, que, según mi compañero, sería larga y nada fácil. Las patrullas japonesas controlaban toda la isla, y nosotros, bajo ningún sentido, podíamos enfrentarlos. Nuestra salvación era huir, viajando por el monte, donde había mayor seguridad. Bajamos a la orilla del mar y nos encontramos con un Capitán filipino, que viajaba en nuestra misma dirección. Sabiendo nuestro viaje, insistió que nos fuéramos con él en su barco de vela. Llegaremos más o menos a las cuatro, nos dijo. Subimos a su barco y comenzamos la larga jornada. El barco llevaba carga de guerra que debía entregarse en otro campamento. Lo único que teníamos para comer era cocos. Sin problemas y poco a poco, nos acercábamos a nuestro destino. A eso de las cuatro de la tarde, el viento dejó de soplar completamente y el barco sólo se movía para arriba y para abajo, en las pocas olas. Bastante intranquilos, aguardábamos que regresara el viento. De repente, hacia nuestra derecha, vimos un barco

inmóvil.

- ¡Patrulla japonesa!, dijo el Capitán. Nos están espiando, tengan mucho cuidado. Hay que disfrazarnos de pescadores. Es nuestra única salvación. Rápidamente me extendieron un sombrero grande y una camisa vieja con un palo, que me daba la impresión de auténtico pescador.

En zonas de combate, bajo leyes internacionales, un soldado no puede disfrazarse y, si lo hace, está sujeto a pena de muerte, sin ningún perdón. Pasó largo rato y el viento no volvía. Los hombres que tripulaban el barco, intranquilos, hablaban de abandonarlo.

Pera ellos, que eran buenos nadadores, esto no importaba, pero para mí era un gran problema, yo no sé nadar. Ante la amenaza de abandonar el barco, saqué mi pistola y sin decir nada me coloqué en un lugar estratégico, haciéndoles saber que no abandonaríamos el barco por ninguna razón; y la verdad era que yo no sabía nadar. Si había algo a nuestro favor, era que el barco patrullero tenía que mantenerse a cierta distancia de la orilla, mientras que nosotros navegábamos fácilmente por ella. Cuando estábamos ya bañados de sudor, soplo el viento y el barco siguió su rumbo, mientras nosotros seguíamos nuestro destino. Al llegar a la desembocadura del río, el Capitán nos hizo saber que él tenía que seguir adelante y nosotros

"Arroz mote": Arroz, sin sal y sin manteca, típico de Zaruma, ECUADOR

teníamos que subir el río. Lo grave de esto era que la marea estaba bajando y era difícil remar contra corriente. A la orilla del mar había muchas lanchas. Le dije a mi compañero que buscara una lancha y quien nos ayude a remar río arriba. Diles que son órdenes de un soldado americano. Si hay problema, usaremos la fuerza. Nada de esto fue necesario. Tuvimos voluntariamente una buena canoa y dos fuertes remeros, hombres que saben luchar contra las aguas. Pese a su habilidad, avanzamos poco a poco y con dificultad. El río, como todos los que conocía en Filipinas, era muy sucio y casi cubierto por las ramas de los árboles. Se oía a los caimanes que saltaban buscando comida, tal vez con la esperanza de tener una buena cena con alguno de nosotros. Ya para las ocho, el hambre me martirizaba grandemente. Parecía que los malditos sancudos querían acabar conmigo. Todo lo que habíamos comido era cocos. Le dije a mi compañero que el hambre me estaba matando, que ya no veía bien. De pronto, a la derecha del río divisamos una casucha. Aquí paramos a explicar nuestra situación. Antes de salir del carpo, me aconsejó un amigo filipino, que si tenía algo de ropa lo llevara conmigo, pues era lo único que me serviría para comer. Ahora lo comprendí por qué. Oyendo este consejo, llevé conmigo un pedazo de kaKy, suficientemente grande como para hacer un pantalón. Parecía que el hombre había visto a DÍOS al mirar la ropa y recibirla. Enseguida se oyeron órdenes por todos lados y mujeres y niños se movieron corriendo de un lado a otro. Pronto fuimos llamados a

comer. Creo que nunca volveré a comer nada tan delicioso. Un gran plato de arroz, un pedazo de carne y una bebida con sabor a café. Viendo el ansia con que comíamos, la familia se sonreía graciosamente. Ya tranquilos y felices, el señor, sabiendo a dónde íbamos, nos dijo que aún estaba lejos debido a que el río hacía muchas curvas. Yo tengo dos carabaos, o sea “Búfalos de agua, muy usados en Filipinas para trabajar la tierra. Mi niño y uno de ustedes viajarán en un carabao y los demás viajaremos en el otro. Así llegaremos pronto. Cruzamos el río. El niño y mi compañero subieron a uno de los animales, el señor y yo subiríamos en el otro. Todo parecía tranquilo, pero al tratar de subir yo a este maldito animal, una gallina que el dueño de casa me había regalado, aleteó y cacareo desesperadamente. Todo lo que yo supe fue que volaba en medio de la obscuridad. Los animales se lanzaron al agua y volvieron a sus casas. Al rato, oí la voz de mi compañero que me llamaba. -Aquí estoy, contesté. Necesito ayuda, no puedo salir. El animal me había lanzado a la orilla del río y estaba enterrado hasta la cintura. Traté de salir, pero no podía, A oscuras todo era difícil. Al fin dieron conmigo y con la ayuda del señor, me sacaron. Entonces, todo cambió. Los búfalos se fueron, los hombres que nos llevaban, se regresaron, y nosotros quedamos completamente solos. No hay camino, se nos dijo. Tienen que andar por en medio del sembrío de arroz, que es bastante húmedo. Siguiendo derecho, pronto verán la luz de la casa a donde van. Sin decir palabra, reanudamos

el viaje. A las doce de la noche, llegamos a la casa de la señora Vicente, viuda de un español, según nos dijo. A pesar de la hora, la recepción fue amable. Buena comida, buena cama y la tranquilidad del hogar. España era neutral, y la señora, siendo viuda de un español, había sido respetada por los japoneses. Su casa era cómoda y tranquila.

Mi paciente estaba en mejores condiciones físicas que yo, y la única medicina que recibió fue una buena carajeadada de su Sargento. Dormí bastante bien, pero en la mañana siguiente sentí que mi pierna derecha no estaba normal. Levantándome el pantalón, noté que la rodilla derecha estaba bastante inflamada. No me dolía pero sentía cierta molestia al andar.

Había mucho movimiento en la casa de la señora Vicente. Oficiales filipinos llegaban a cada rato, todos envueltos en pobreza. Las camisas, hechas de manteles, cortinas, sábanas o cualquier material que estaba a mano. Los zapatos siempre amarrados con cordones o alambres, porque ya era imposible componerlos. Todo lo que yo podía hacer, era descansar mi pierna para poder viajar. Supe que una hija de la Sra. Vicente se casaría pronto, y ésta era la razón por el gran movimiento que se veía en la casa. Fue mi gran sorpresa cuando llegó el Capitán que nos había llevado en su barco, quien me hizo la siguiente! propuesta:

- Sargento, le daré todo el arroz que necesiten, mientras estén aquí, pues tengo bastante arroz. En cambio, usted

consígame un par de botas.

Sabiendo que la ropa es muy necesaria, un lujo, en Filipinas, habíamos llevado bastante ropa, pero la humedad y el propio tiempo, la necesidad de la comida, nos estaban forzando a acabar con la ropa, a fin de conseguir el alimento necesario la ropa era la única moneda que nos daba de comer.

- Haré lo que pueda, le dije al Capitán; ¿dónde vive Ud.?
- Al otro lado, me contestó. Son dos días bien andados.
- Yo no puedo viajar, debido a la hinchazón de mi rodilla.
- No se preocupe, agregó. Yo tengo aquí una buena lancha y en ella viajaremos.

Contento al saber que nuestro viaje sería fácil y rápido, dormí tranquilo.

Muy temprano, al día siguiente, bajamos a la orilla del mar, donde nos esperaba una gran sorpresa. El mar Zulú estaba tremendamente bravo. El viento era tan fuerte, que las olas golpeaban a los árboles de la orilla. Dios se ha olvidado de nosotros, dijo el Capitán. Es imposible viajar en canoa. Sin tener otro recurso, iniciamos el viaje a pie. Mi rodilla aun no estaba, bien, pero ya podía caminar. El Capitán, nos anticipó: El viaje será largo y difícil. No podemos viajar por

las carreteras; están controladas por los japoneses. No hay tiempo que perder. Vamos, no sabemos lo que nos espera. Caminamos por la orilla del mar, siguiendo los consejos del Capitán. Al poco rato, comenzó a llover. No podemos dejar de caminar, dijo el Capitán. Los japoneses están muy cerca y es peligroso estacionarse en alguna parte. Tengo cuatro años de pelear con los japoneses y yo sé lo que digo. Nuestro mayor problema era el sinnúmero de arroyos que teníamos que cruzar. La profundidad no era mucha, pero el agua nos llegaba a la rodilla y la arena entraba a nuestras botas causando graves molestias. Cada vez que cruzábamos un arroyo, teníamos que sacarnos las botas lavarlas junto con los calcetines para desechar la arena. Esto se repetía a cada instante. Al fin, cansados llegamos a nuestro campo.

Al día siguiente, después de nuestro arroz, iniciamos nuevamente la segunda parte del viaje, pero mi compañero filipino, que había sido parte de la primera jornada, aquí se dio por vencido. Otro amigo, llamado Joe, dijo que iría conmigo. Joe era un judío en toda forma; pero creo difícil que yo llegue a conocer a una persona de esa calidad.

El viaje sería más o menos igual que el día anterior con la diferencia de que ya nos íbamos retirando de los japoneses y podíamos caminar con más tranquilidad. Nuestro problema era la lluvia continua. Caminábamos lo más rápido posible, antes de que nos oscureciera. A la una de la tarde arribamos a una pequeña casa en la que pedimos algo de comer. El dueño de casa nos ofreció arroz,

que era lo único que tenía.

“A buena hambre no hay pan duro”. Llovía sin fin. A las seis de la tarde llegamos a un arroyo que no nos atrevíamos a cruzar. Estaba tan cansado, entonces, que le dije al Capitán que ya no podía caminar, que me dejen ahí. Joe me pidió arrimarme a él para ayudarme. Caminar bajo las palmas era problemático por la gran cantidad de cocos que había en el suelo, Era necesario arrastrar los pies para no pisar los cocos y caerse. Nadie se atrevía a cruzar el arroyo, que por la marea alta tenía mucho caudal. Obligamos a un nativo del lugar a que cruce primero. Viendo que no había peligro, fuimos cruzando de uno en uno, completamente vestidos, y cuidando nuestra mejor joya, la pistola, que llevábamos sobre la cabeza. El agua nos llegaba casi hasta los hombros. Subiendo por cierta loma, llegamos por fin a la casa del Capitán. Mis pies parecía que se quejaban, pero al sacarme las botas ya pude descansar. Habiendo cenado bien la noche pasó rápidamente, Las alegres canciones de las aves, me despertaron a eso de las ocho. Cuando trate de sentarme, noté algo que me molestaba. Descubriendo mis pies vi que no eran tales, sino un enorme pedazo de carne sin forma alguna. Entonces vi los pies de Joe, que estaban peor que los míos. Solté una risotada que despertó a Joe, quien era capaz de soltar maldiciones, sin repetir una sola palabra.

- ¡Qué diablos te pasa,- me dijo.

- Mira tus pies.

Al darse cuenta del estado deplorable de sus pies, las maldiciones no se hicieron esperar; parecía que iban a incendiar la casa. No había manera de ponernos las botas, y nos pasábamos los días riéndonos de nosotros mismos. El Capitán, cumpliendo su promesa, preparaba la canoa bien cargada de arroz, en compensación por las botas que yo le había dado. A los tres días reiniciamos el viaje. El mar estaba tranquilo y los remeros se sentían contentos. El Capitán, naturalmente, se quedó en su casa. Con Joe y los hombres, salimos temprano, con la esperanza de encontrar buen tiempo, pero en estas regiones y en esta temporada, no se puede depender del tiempo.

El mar estaba tranquilo y el viaje se inició alegremente, La brisa del mar parecía acariciarnos y nos hacía felices. Los remeros cantaban y todo era alegría. De una toalla, yo había hecho un vestido de baño; entonces me puse el vestido de baño y me preparaba para lo que pudiera venir. Poco después, el tiempo cambió y la lluvia era inminente. Los remeros, temerosos, al encontrar dificultades, dijeron que era mejor parar y esperar a que pasase la lluvia. Así lo hicimos. Llovía fuertemente, y siguió así hasta las dos de la mañana. Salió la luna y nuevamente hubo tranquilidad. Suevamente se oyeron las canciones y la felicidad reinaba por doquier, al saber que pronto llegaríamos a destino, donde nos esperaban los compañeros. Reiniciamos, entonces la jornada, muy contentos.

A las diez de la mañana arribamos a nuestro campo, donde fuimos recibidos con aplausos y mucha alegría. Tendríamos todo el arroz que podríamos comer, y esto era una gran felicidad.

A fin de obtener sal, cortamos un barrial de fierro por la mitad y lo llenamos con agua del mar. Aplicándole fuego, nos daba una sal muy halagadora, aunque no muy blanca. El aceite lo obteníamos del coco, que abundaba en todas partes. De vez en cuando uno de mis pacientes me obsequiaba una piña, alguna fruta, unos dos o tres huevos, y si estábamos con suerte, un rico pollo, aunque bastante flaco. Comprar algo era imposible. La única manera de conseguir algo, era mediante lo que los filipinos llamaban un “trade”, es decir, un cambio. Esto funcionaba bien mientras teníamos qué cambiar, pero ya todo se iba acabando.

Un día caminaba en el campo, sin pensar mucho en nada. Este era un campo militar, y ver a un civil era inesperado. Encontré, de repente un niño muy humilde, que naturalmente, me llamó la atención.

- Soy Bobby Parham, tengo doce años,- me dijo.
- ¿Y qué haces aquí?
- No tengo donde ir.
- No te muevas de aquí. Volveré pronto,- le dije.

Busqué al Teniente Rexford, nuestro jefe y le expliqué que había un niño, solo, sin protección, y que yo podría llevarlo a mi casucha.

- Es una responsabilidad bastante grande, y la decisión es suya. Corrí en busca del niño, quien vino con su única posesión, un par de zapatos bastante destruidos, ya que la camisa estaba muy rota y el pantalón demostraba haber servido mucho tiempo. Bobby se mostraba callado y muy sufrido. Hice todo lo posible por tenerlo, contento. Si bien, no tenía mucho que ofrecerle, pronto le hice saber que lo quería bastante.

Bobby, en su soledad, aceptó mi cariño graciosamente. Le di mi cama, y lo acomodé lo mejor que pude. Lo presenté ante mis amigos y fue muy bien recibido. Ya más tranquilo, pronto me contó su historia, que es la siguiente:

- “Mi nombre es Bobby Parham, tengo 12 años,- me repitió. Mi padre es americano y mi madre, filipina. Nuestra casa estaba en Dumaguete, una ciudad a la orilla del mar. Un día llegaron los japoneses y sabiendo que mi padre era profesor de escuela, lo arrestaron y se lo llevaron prisionero. En desesperación, mi mamá, mi hermanita y yo, huimos hacia las montañas. En la tarde, mi hermanita menor tenía mucha hambre y lloraba. Yo subí a mi poni, que era mi compañero y regresé a la casa a tratar de llevar comida. En bolsas y cajones llevaba comida para ellas. Al salir de la ciudad, un japonés le puso la ametralladora al frente y me forzó a que me bajara del caballo. Fui arrestado y llevado a un campo de prisioneros. Ventajosamente, el caballo de alguna manera llegó hasta donde estaban mamá y mi hermanita. Por seis meses estuve prisionero de los

- japoneses aquí están las huellas que dejaron las amarras. En sus muñecas, efectivamente estaban las marcas de que hablaba Bobby.

Sin saber nada de papá o de mamá, yo sufría mucho y lloraba desesperadamente. Al fin, las fuerzas americanas atacaron a Dumaguete. Ataques con aviones a baja altura. Los japoneses, ya preparados para esto corrieron a refugiarse en los Fox Holes o pozos hechos en lugares estratégicos, donde se podían refugiar en caso de ataque. Los filipinos y yo buscamos escondernos bajo edificios. Entonces, les dije a mis amigos: vámonos. Esta es la oportunidad. En medio de miles de balas, que caían por todos lados, comenzamos a correr, escondiéndonos, a la vez, donde podíamos, logrando al fin salir de la ciudad. Corriendo como desesperados, nos metimos al monte y nos dirigimos rápidamente hacia el mar, y luego esperamos a que anocheciera. A eso de las once de la noche, tomamos un boroto que encontramos y lo más silenciosamente remamos hacia nuestra salvación. Pero teníamos que pasar muy cerca de los japoneses; sin embargo, logramos pasar y al amanecer ya estábamos donde nos creíamos seguros. Allí dejamos el boroto y tomamos la montaña para tratar de llegar aquí, que nos dijeron era seguro porque había tropas americanas. Los días después, ayudados por amigos filipinos, llegamos a este lugar. Mi padre es prisionero, pero nada sé de mi madre”.

Yo escuchaba en silencio y con mucha pena por el

sufrimiento de este pequeñuelo, sometido inocentemente a tantas crueldades.

¿Por qué tienen que pagar los niños un precio tan grande por los pecados de la humanidad?

Bobby era un hombrecito en todo sentido, pero también era cierto que ya había sufrido bastante para un niño de tan corta edad. Sabía que su padre estaba prisionero y nada sabía de su mamá. Esto, para un niño tan pequeño, era insoportable. Comprendiendo sus problemas, trataba de entretenerlo a fin de que piense mucho en su familia, especialmente en su mamá. Por las noches nos alumbrábamos con el coco seco que quemábamos, le enseñé a manejar la carabina, y le dije: ésta es tu arma, cuídala, no la desampares, puede llegar el día que la necesites. Por tal motivo, ambos dormíamos con el arma en la mano. Si por alguna razón uno se tenía que levantar, despertaba al otro para que lo cuidara. De igual manera al bañarnos. Uno actuaba de guardia, mientras el otro se bañaba. Después de mucho buscar, encontré que tenía conocimientos de sastrería, lo cual redundó en beneficio de Bobby, porque de mi ropa se le hizo alguna ropa para él. Yo traté de cortarle un calzoncillo para él, pero me salió con una pierna más grande que la otra. Bobby se acordaba mucho de su pony, el caballito con el que lo sorprendieron los japoneses. En tal caso, yo tenía que ser su pony, saltando, gritando y metiéndome en los pozos de agua. Pese a todo esto, en varias ocasiones me amanecí tratando de consolarlo.

Desesperadamente lloraba: (mamá!, ¡mamá!

El asunto comida no mejoraba de ninguna manera. No podíamos disparar a las aves o monos que abundaban, los japoneses siempre andaban cerca, y podían darse cuenta que había tropas americanas al lado de ellos. Al fin convencí a un amigo de irnos a la montaña en busca, de aves. Iríamos lejos y dispararíamos solo al estar seguros. Sólo conseguimos unos pericos que dieron un poquito de sabor a nuestro arroz. Por primera y última vez, comimos arroz con perico.

Comunicaciones de la oficina principal, nos hicieron saber que la guerra caminaba a nuestro favor. Las Filipinas estaban ya en manos de los Aliados y muchas Bases del Pacífico habían pasado a manos nuestras. Japón peleaba una guerra defensiva, y solo trataba de huir salvando lo que pedía. Tokio estaba sometido a diarios bombardeos, en preparación de la inminente invasión que terminaría la guerra. En Europa, la guerra había concluido y lo mejor del armamento estadounidense venía a ayudarnos; esto es, los enormes y poderosos barcos de guerra que tanto se necesitaban en el Pacífico. Conociendo todo esto, un día nos decidimos a pescar, lo cual podíamos hacerlo solamente con granadas de mano. El mar, en este lugar, es muy claro, y se veía la abundancia de peces, muy cerca de la orilla. Ayudado por los filipinos y en varios borotos, emprendimos la pesca. El disparo de la granada nos dio excelente resultado, medio millar de peces. Nos sentimos muy felices,

y por varios días nos servimos un verdadero banquete. El producto de la pesca hubo que dividirlo entre los que nos ayudaron. Además, no había manera de conservar el pescado, por la mucha humedad. La alegría duró poco tiempo y nuevamente regresamos al arroz blanco. Yo era el único que de cualquier manera algo me conseguía para el arroz, a veces un poco flaco, dos o tres huevos, una piña o alguna fruta, caña de azúcar o cualquier cosa comestible. Era tanta la escasez, que haría que viajar hasta otras islas para conseguir alimentos. Yo, en previsión, había llevado unos anzuelos. Pero por más que los busque, no pude encontrarlos. Entonces me enteré, por un Sargento, que él los había regalado. Este motivó fuerte -disgusto. En primer lugar, los anzuelos eran míos, no del Ejército; y, en segundo, este Sargento no tenía, ningún derecho a meter la mano en mi propiedad. Con la intervención del Teniente, las coas se tranquilizaron, pero yo me prometí que en alguna forma me vengaría. Debido a que un día defendí ardorosamente a un soldado filipino al que un Mayor le daba palo a lo grande, los oficiales filipinos no me miraban muy bien. Bajo ninguna circunstancia, puede un oficial pegarle a un soldado. La pena es muy seria para el oficial. El General Patton pagó un precio muy alto por haber cometido este error en Italia.

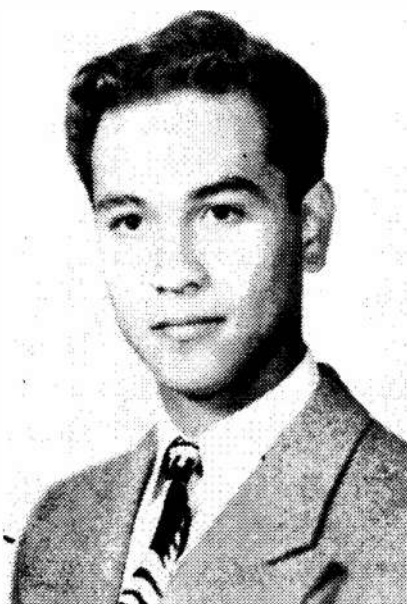
Un buen día, el oficial que regaló mis anzuelos, estaba tomando tuba con un grupo de oficiales filipinos, y entonces, vi, aquí la manera de vengarme, sin que él supiera lo que había pasado. Yo tenía alcohol medicinal y de manera muy

discreta me acerqué a su vaso en el que vertí un poco de mi alcohol. Tranquilamente, me retiré a ver los resultados, que muy pronto se presentaron. Al tal Sargento, lo llevaban dos filipinos a rastras a acostarlo, mientras yo gozaba al ver mis deseos cumplidos; es que le tenía mucho rabia por lo que me había hecho. Al día siguiente se quejaba, sin saber por qué la tuba le había hecho semejante daño solo a él, mientras todos los demás estaban muy bien.

Parte de las tropas filipinas habían recibido órdenes de trasladarse a otro campo. Sin conocer esto, uno de los soldados había recibido órdenes de viajar a otra isla en busca de una vaca para alimentarse. Varios días después, regresó el soldado con la vaquita del cuento, pero ya las tropas tenían que marcharse. El soldado me contó su problema: la vaca la había comprado con su dinero, y como las tropas se iban, a su vez tenía que venderla, pues no podía llevársela. Me pregunta, finalmente, qué le puedo dar por la vaca. La poca ropa que me quedaba, estaba bastante usada y solamente me quedaban tres uniformes. Nadie sabía cuándo saldríamos de este sepulcro y la situación no mejoraba. Casi contra mi voluntad, le di al filipino una camisa y un pantalón a cambio de la vaquilla, un animalillo negro de más o menos un año de edad. Comida para el animal había bastante: abundante yerba. Matarla era lo urgente, pero se me presentaba el problema de cómo conservar la carne. Secarla no había cómo, por la mucha humedad. Cuidé a mi vaquilla por unos días y al fin pude hacer un trato con

un señor. Yo le daría mi vaca y él, a cambio, me entregaba seis gallinas. En esa forma, yo engordaba mis gallinas con el arroz y mataba de una en una cuando era menester. Ahora, todo lo que me quedaba para conseguir comida era un viejo overol (traje de una sola pieza). Para hacer más difícil la situación, los filipinos llevaron un prisionero japonés, piloto que tuvo un aterrizaje forzoso cuando se le acabó el combustible del avión. No teníamos ni una cerca de palos donde guardar al prisionero; además, teníamos que darle de comer, de lo poco que teníamos.

Bobby, que sabía algo de japonés, insultaba al prisionero cada vez que lo veía.



BOBBY PARHAMI, un niño de doce años, quien fue prisionero de los japoneses. Cuando nuestras fuerzas aéreas atacaron a los japoneses en Dumagueti, en la Isla de Negros. Islas Filipinas. Bobby logró escapar y guiado por los filipinos llegó al campo dónde yo estaba, al fin lo pudimos mandar a la Isla de Laidy que ya estaba libre. el ejército lo mandó a USA, dónde volvió a unirse con su madre. Su padre murió en Manila, en una prisión japonesa. Esta foto fue tomada 10 años después.

- Qué le dices, Bobby,- le preguntaba yo.
- Nada bueno, me decía. Bastante me martirizaron.

Para agravar la situación, pocos días después nos llevaron otro prisionero. Nada agradable. Pero bajo las leyes internacionales que los EE. UU. siempre respetaban, teníamos la obligación de tratarlos humanamente, algo que no era fácil, porque no estábamos equipados para ayudar a nadie.

El Teniente les explico a los prisioneros que no estábamos equipados como para mantener prisioneros, que serían bien tratado siempre que no dieran problemas. Si trataban de huir, sufrirían la pena máxima. Una noche, cerca de las once, se oyó un disparo. Como los japoneses estaban próximos creímos que habíamos sido atacados. De acuerdo con las instrucciones recibidas, corrimos cada uno a tomar nuestro lugar a la orilla del río, que era el sitio más posible de ataque. La noche fue larga, y los malditos mosquitos tuvieron comida para rato. Al amanecer todo

volvió a la normalidad.

Los japoneses, tratando de huir, habían atacado al guardia, quien alcanzó a disparar. Ese fue el disparo que oímos. Los japoneses lograron escapar. Sin embargo, más o menos a la semana fue recapturado uno de ellos, cayéndose de flaco y lleno de granos. Sin poder sobrevivir en la montaña, forzosamente bajó a la orilla del mar, donde los filipinos lograron arrestarlo. El Teniente, cumpliendo la advertencia que les había hecho, de que tratar de que tratar de huir les costaría la vida, lo entregó a los filipinos para que hagan lo debido en este caso. Al poco rato se oyó la detonación de un arma fuerte que dio fin a este japonés. El otro prisionero sufrió la misma suerte. Bajó a la orilla del mar y allí los filipinos terminaron con él.

Es casi imposible sobrevivir en esas montañas tropicales. La lluvia constante, el sinnúmero de bichos, la falta de protección son razones por las cuales la vida es muy difícil. El japonés era un soldado bien entrenado, por su milenaria lucha con la China, pero la montaña los obligó a rendirse, con la esperanza de sobrevivir. Tuvimos después otros prisioneros, pero ya para entonces los japoneses sabían que perderían la guerra. Por esta razón, ninguno de estos últimos prisioneros trató de huir. Al contrario vivían casi libremente, sabiendo que era la única manera de regresar vivos a sus hogares. El Teniente consiguió un avión y llevó a los prisioneros a un lugar seguro y apropiado. Antes, pude comprarle al piloto tres paquetes de cigarrillos. El manejaba

un avión P. V. Y, es decir de aquellos que pueden acuatizar o posarse en el agua. Los cigarrillos eran un tesoro y tenía que esconderme para poder fumar, de otra manera los filipinos no me dejaban en paz. Como es de suponerse, el segundo paquete lo tenía, bien escondido. Más, fue decepcionante mi sorpresa cuando encontré mi “joya” completamente mojada. La única solución era secar el tabaco y fumarlo en cualquier papel. Con mucha paciencia puse el tabaco a secar, cuidándolo de mis amigos. Cuando ya el tabaco estuvo seco y me disponía a recogerlo, una gran chiflonada de aire levantó con todo y yo me quedé mudo. Golpeado por el desatino, parecía que había ya aprendido a aceptar mi mala suerte. El tercero y último paquete, lo cambié por una pieza de oro, hecha hace muchos años, cuando la fiebre del oro en California, Ya estas monedas se habían extinguido en EE. UU. Guardé tanto mi moneda, tal vez con exceso, y sin embargo, la perdí. Era una monedita de oro puro que se hizo para conmemorar la época en que California se hizo famosa por la cantidad de oro que se descubrió en la zona.

Para conseguir comida, ya solo me quedaba el overol, que lo guardaba como algo muypreciado, sabiendo que era la única moneda que me serviría para comer. Sin haber otra solución, puse el overol a la vista. Los oficiales no sabían qué hacer. La mejor oferta, se lo llevaría. Dada la necesidad, tuve que aceptar el mejor precio: seis huevos. Esto se debía a que los soldados tenían que viajar hasta a otras islas para conseguirlos.

Poco tiempo después, me llamó el Teniente Rexford

- Mañana llega a este lugar un pequeño barco, - me dijo. Y Bobby se tendrá que ir. Esta es la oportunidad de salvarlo de este peligro, donde él no debe estar. Bien sé como se siente Ud. pero ya ha hecho mucho por él. Por su propio bien, Bobby tiene que salir mañana. Lo siento mucho por usted, pero nosotros aún estamos en zona de peligro y tenemos obligaciones que cumplir. Bobby necesita regresar al lado de su madre. A propósito, hemos sabido que su mamá está en California. Bobby pronto se unirá a ella. Confórmese usted con saber que Bobby será feliz, lleve a Bobby al barco.

Bobby tuvo buena suerte. Al llegar a Layde, pronto fue transferido a EE, UU., donde, por medio de la Cruz Roja, pudo al fin localizar a su madre.

Ocho años después, Bobby me visitó en Río Grande, lugar de mi residencia, ya convertido en miembro del Ejército; y juntos pasamos toda una semana hablando de viejos tiempos. Bobby se portó siempre muy agradecido por mi oportuna ayuda, cuando ya parecía que el mundo le había cerrado sus puertas. Hoy vive en California, y aparentemente, contento. Su padre, desgraciadamente, había muerto en Manila, Filipinas.

Demos un paso muy grande hacia atrás, y volvamos a internarnos en las montañas de Negros, en las Filipinas. La falta de comida y la vida misma en las montañas

eran insoportables. Nos considerábamos abandonados, olvidados de la Fuerza Aérea No. 13, de la cual formábamos parte. Nuestro único consuelo era el medio de comunicación de que disponíamos: el radio. Ya nadie tenía más de dos uniformes, bastante descoloridos por el uso. Mis botas parecían que se me reían a cada paso que daba. Pasábamos las noches pensando que le echaríamos al arroz al día siguiente. Dicen que la necesidad es madre de la invención. En el Laboratorio Dental en Australia, tenían un aparato en el cual, al introducirse una moneda australiana de pura plata, devolvía una plaquita de más o menos tres pulgadas de largo.

Por intermedio de un amigo obtuve dos planchitas de plata, hechas con las mencionadas monedas. Y, entonces, como suele decirse, se me prendió el foco. Los oficiales filipinos sabían que pronto llegaría el ejército americano y que ellos serían reconocidos como miembros del ejército. Su preocupación era que no tenían insignias, y el ejército americano no sabría, darles a cada uno su lugar como oficial. Pensando en esto, comencé a hacer las insignias de Tenientes y Capitanes, de las monedas australianas, lo cual no era difícil. Tenía los instrumentos de cirugía y unas pequeñas limas que llevaba, conmigo. Con mucho cuidado, a fin de no desperdiciar nada, cortaba y luego pulía las insignias en madera. Por su puesto, la idea no era mía. Yo había visto ya a algunos compañeros hacer unas joyas muy bonitas, con dichas monedas. Pronto las puse donde

se podía ver. Los oficiales se desesperaban buscando la manera de adquirirlas. El precio era el siguiente: Teniente Primero, cuatro gallinas; Capitán, seis gallinas. El negocio fue un verdadero suceso. Pronto comenzaron a llegar gallinas de todo color y tamaño. Aunque todas flacas, yo tenía suficiente arroz para, engordarlas.

Comiendo arroz con pollo y con la reserva llena, todos estábamos contentos. El Teniente me agradecía porque yo proporcionaba la rica carne de gallina. Me decía que yo he sido una parte muy esencial en la aventura. Todo parecía tranquilo y la guerra se iba alejando de nosotros. Un día, cuando todo estaba normal, me llamó el Teniente.

- Alístese, me dijo. En la mañana saldremos los dos a otro lugar. Sin tener mucho que cargar, en pocos momentos estuve listo, Mis amigos se alegraron. Este podía ser el fin de nuestro tormento.

Temprano al día siguiente, acompañados de filipinos conocedores de esta parte de la isla, iniciamos el viaje, sabiendo que los japoneses estaban en fuga y nada les importaría de nosotros. Dos horas después tomamos un Landing Barge (tipo de embarcación que usan las tropas para desembarcar), y son verdaderos cajones con motor, empleados solo para desembarcar tropas. Sin embargo, para nosotros, esto era un lujo, después de haber viajado solo en borotos (canoas).

Unas dos horas después, dejamos el barco y volvimos a

caminar. Viajar por la orilla del mar es muy peligroso. Había que subir una pequeña loma, en donde recibimos una sorpresa. Los filipinos enfrentaban a los japoneses y por el tiroteo, el sitio era inaccesible. Las balas silbaban por encima de nosotros. Regresarnos no era posible.

Tuvimos que caminar a gatas por ese lugar tan peligroso; aunque no era fácil, teníamos que hacerlo irremediablemente. Después de un par de horas, ya el tiroteo se oía lejos, y volvimos a caminar tranquilamente. Al fin llegamos a un valle bastante agradable. Aquí fuimos recibidos como reyes. Este lugar era poblado por españoles y como España era neutral, los japoneses lo habían respetado. Un señor alto, joven y bien parecido nos recibió, con mucha amabilidad, en su casa, donde pasaríamos todo el tiempo que estuviéramos allí. Un señor Bobby, parece que fue el encargado de recibirnos, quien nos brindó una botella de gin, importado de Holanda, y nos dijo:

- Cuando fuimos invadidos por los japoneses, enterré esta botella de licor, con la promesa de que no la sacaría sino cuando lleguen los americanos. Y creo que ha llegado el día. Tomemos un buen trago, a la salud de todos.

Comíamos en una y en otra casa. Era gente sumamente amable. Todo bien servido, muy limpio y con mucho cariño. En el campo donde habíamos estado por largos meses, todo estaba destruido. Pedazos de bambú cortados por la mitad, servían de platos para el arroz que

comíamos con la mano.

Tres días después arribó Atad, el intérprete del grupo. A la rivera del camino, en un lugar muy hermoso, los guerrilleros filipinos organizaron una fiesta de despedida. Habían sido llamados al frente y se despedían con música, baile y bastante tuba. Atad se preparó para asistir a esta fiesta, aunque no era cosa de él. Le pedí que no fuera, pues los guerrilleros, después de cuatro años de guerra se habían vuelto casi criminales y Atad no era uno de ellos. No nos hizo caso y bien vestido concurrió a la fiesta. A eso de las once de la noche, escuchamos gritos nada agradables. Aguardamos, bien escondidos. Entonces vimos la sombra de un hombre que se acercaba al lugar donde estábamos. Oímos nuevos gritos y entonces apareció Atad. Sangraba por varias heridas, su cara estaba desconocida y la ropa hecha pedazos. Estaba tan borracho que fue necesario ayudarlo para llevarlo a la casa. Parecía un verdadero loco. Nosotros habíamos creído que los japoneses estaban atacando y todo había sido una fenomenal borrachera general. Lo metimos al baño, pero esto no ayudó mucho. El Teniente me lo entregó para que yo hiciera lo que quisiera con él. Sin más, saqué una inyección de morfina y se la puse al borracho. En cosa de minutos cayó al suelo, en donde amaneció sin esperar simpatía de nadie.

Atad fue reprendido fuertemente por el Teniente.

-ud. pertenece al ejército americano. Mantenga su

respeto y dignidad como se le ha enseñado.

Atad era pequeño, de gruesa y feas facciones, y con la paliza que le propinaron los guerrilleros, podía asustar al mismo diablo.

Esa noche llegó al como un japonés a decirnos que había un grupo de japoneses que querían rendirse, pero solo a las tropas americanas, no a las filipinas. Traía con él una pistola calibre 45, alemana. Según su historia, él había sido escogido para ir a ofrecer la rendición. Al tratar de salir de su escondite, un Capitán japonés quiso detenerlo, pero el soldado japonés, ya bien decidido mató al Capitán y recogió su pistola, un arma pequeñita que se carga debajo del brazo.

El Teniente, mediante el intérprete le hizo saber que no podíamos aceptar prisioneros, que nosotros íbamos pasando por ese lugar, que regresara a su campo y les dijera a sus compañeros que esperaran pues nuestras tropas pronto llegarían.

Yo le quité su pistola, que para mí tiene inmenso valor por su historia; además es muy bonita y fácil de cargar. Esta joya, recuerdo de mi servicio en el ejército, la tengo actualmente en Zaruma, mi tierra natal.

Al día siguiente, el Teniente me dijo que me preparara, pues, junto con Atad saldríamos a la isla de Leyde, que ya estaba libre de japoneses. El avión bajaría a las tres de la tarde y estaría en tierra sólo por tres minutos.

-Es un avión muy pequeño y sólo Uds. dos viajarán.

Llegó el avión y rápidamente partimos. Al emprender el vuelo, notamos que dos aviones de caza nos protegían, uno a cada lado. El viaje era muy corto, pero el Gobierno cuida mucho a sus soldados. Éramos dos simples soldados, pero nos hizo proteger por aviones de caza para que llegáramos bien a nuestro destino.

Ya en tierra nuevamente, le pedí a Atad que cuidara el equipaje mientras yo buscaba a quien reportarnos. El movimiento era grande, de jeeps, camiones y tractores, que levantaban tremenda polvareda.

Un sargento al ver mis viejas botas me dijo:

- De dónde vienes, muchacho, ya andas descalzo, ven conmigo, te daré nuevas botas.

Al retirarme de Atad, recordé que durante el vuelo me había quitado la pistola de la cintura para poderme sentar con más comodidad. Entonces, le grité a Atad que regresara al avión y sacara mi pistola. Al fin hallamos un techo donde pasar la noche. La Cruz Reja nos dio de comer. Al siguiente día, poco a poco aparecieron los compañeros. Ya para entonces, nos dieron una carpa que sería nuestra casa temporalmente. Al abrir mi bolsón para cambiarme de ropa, cual mi sorpresa, encuentro la pistola. Durante el vuelo, la había metido en el bolsón. Sin querer, le habíamos robado la pistola al piloto. Tratamos de devolverla, pero el avión ya había partido.

Atad había contado que yo tenía dos pistolas. Pronto se presentó un filipino con una pistola japonesa 9 mm., a cambiármela por una de mis dos pistolas. Yo no tenía permiso para usar dos armas; además ya resultaban muy pesadas para cargarlas de un lado a otro. La historia que me contó el filipino fue la siguiente:

Los americanos se afanan buscando un recuerdo de guerra para llevar a su tierra, y una pistola es bastante apreciada. Para conseguir esta arma, un compañero mío,- me dijo,- espío a los japoneses por varios días, sabiendo que algún oficial tendría que ir al baño tarde o temprano, lo esperado, se presentó por fin. Un Capitán apareció muy tranquilo. El filipino le asestó terrible puñalada y le quitó la pistola, que aquí la tiene.

Sin vacilar, hicimos el cambio. Esta pistola la tengo en mi poder y pienso llevarla al Ecuador, próximamente.

A todos se nos ordenó presentarnos en un Hospital para exámenes físicos, a fin de determinar si éramos portadores de enfermedades contagiosas, todo estuvo bien y pronto recibimos nuevas órdenes.

Saldríamos para Nueva Guinea al día siguiente, en donde el clima era sofocante y la lluvia continua molestaba mucho. Nuevamente, nos encontramos con el problema de la comida, sólo que esta vez era responsabilidad del ejército. Los japoneses seguían hundiendo barcos que llevaban comida. En algunas islas pequeñas del Pacífico

Sur había japoneses que se morían de inanición, aunque peleaban desesperadamente para no rendirse, lo que consideraban una eterna deshonra. Por este motivo, había, que caminar con mucho cuidado. Nos habían dicho que si había alarma, se oiría un cañonazo. En tal caso, nuestra mejor protección era echarnos al suelo o ampararnos donde mejor pudiéramos. Pensando en esto tenía lista una zanja bastante amplia. Sonó el cañonazo a las dos de la mañana. Todos corrimos a protegernos. Me dejé caer en la zanja con toda mi fuerza.

-Ten cuidado!, - me dijeron unos que ya habían dormido en la zanja. Amontonados allí, amanecimos sin más molestias por esa noche.

La vida continuó su ritmo de siempre. Si algún paquete llegaba, la novedad era grande, y todo se compartía, hermanablemente.

Joe, un buen amigo, me dijo que había un paquete para mí en el correo. Esto me sorprendió porque no tenía quien me mandara nada. El paquete está pesadito, me dijo Joe. Si quieres un buen consejo, no vayas por el paquete hasta que se haya distribuido todo el correo. Al atardecer, fui por mi paquete. Por la noche, en silencio lo abrimos. Esto tiene que venir del cielo, dijo Joe,- son tamales hechos en casa. Yo deje? la carpa sola, el hambre puede inducir a cualquiera a robar. Al siguiente día, después de trabajar Joe en el casino de oficiales, regresó cargado de pan, aceitunas, queso

y unos botecitos de carne, todo “legalmente” hurtado. Al siguiente día teníamos que lavar la ropa a la orilla del mar, y había que hacer una fogata para calentar el agua. Allí calentaría los tamales, mientras Joe vigilaría de cerca para estar solos. Entre lavadas y sacudidas tuvimos el gran banquete.

Los días se nos hacían lardos, y a pesar de las buenas noticias sobre la guerra, me sentía cansado y decaído. Como nos movilizaban de un lado para otro, no había recibido mi sueldo por seis meses. En esos días recibí 850 dólares. A esta parte del mundo, de vez en cuando llegaban barcos mercantes, con carga del Gobierno y con buena cantidad de licores para vender a los soldados. El precio era enorme. La lata de cerveza, que en EE.UU. costaba 30 ctvs., ellos la vendían a 5 dólares. El whisky que compraban a 4- o 5 dólares, lo vendían a 60. Con tanto dinero que tenía nos fuimos con Joe en busca de alguna botella de whisky. No fue posible conseguir nada.

Yo me encontraba muy delgado, negro de tanto sol y amarillento por la atebrina que tomábamos para, evitar la malaria. Rendido de tanto deambular de un lado para otro, por tanto tiempo y siempre con problemas, parecía que estas cosas habían marcado un grave efecto en mí. A Joe, mi mejor amigo, le dije: “No sé qué me pasa, Creo que no viviré mucho tiempo. Aquí está la dirección de mi hermana Victoria, para que le escribas, si algo me pasa”.

Haberle dicho esto a Joe y vino su reacción inmediata. Fijando una fea mirada sobre mí, me echó maldiciones por más de media hora, sin repetir la misma palabra dos veces.

-¡Hijo de perraj- su maldición favorita. Sabes bien que Japón ha perdido la guerra, que pronto estaremos en nuestras casas, que Japón será convertido en un montón de ruinas si no se rinde. Nuestras fuerzas son enormes y Japón ya no tiene con qué defenderse; sus tropas corren a la desbandada. Todo es cosa de tiempo. Nunca vuelvas a decir que te vas a morir en estos montes.

Por alguna u otra razón, me sentí mejor después de escucharlo. Ventajosamente, pronto recibimos órdenes de regresar a Leyde, donde había gran movimiento; y, lo mejor, había comida. Nos mandaron a un campo de descanso, sin duda, en preparación para la inminente invasión del Japón, que sería la última acción de los Aliados. Por razones que aún desconozco, recibí órdenes de ser transferido a otra isla, Palawan. Lo grave era que de mi grupo, yo era el único transferido. En nuestro grupo habíamos hecho la promesa de permanecer juntos hasta el fin, pues nos llevábamos muy bien y trabajábamos con verdadera armonía. Palawan era una isla cercana a la costa de Chica. Aquí llovía día y noche y el poncho nos era indispensable. El primero que se me presentó en esta isla fue el Sargento Scorpio. Al verme, se impresionó mucho y cambió de color. Le pregunté dónde podía acomodarme Y me contestó de mala manera:-

”¡Busque donde Ud. quiera!”

Traté de reportarme al Dispensario, como era natural, pero no había nada qué hacer y la cara de Scorpio no era nada amigable. Yo no tenía la menor idea de por qué Scorpio me trataba con tanto desprecio.

Los cinco compañeros que compartían mi habitación, sufrían de una enfermedad llamada Jungle Rotten, consistente en unos granos muy feos que afectaban a muchos soldados que habían permanecido en zonas de combate y mucha humedad. A Scorpio le hice saber que estaría en la cama número 6, y que me llamara si me necesitaba. Después de todo, yo tenía un grado más alto que él y podía ordenarle. En la carpa, mi popularidad no se hizo esperar. Y esto se debió a que los compañeros tenían las manos llenas de granos y no podían escribir a sus familiares. Pronto fui nombrado el Secretario Particular, para escribir numerosas cartas a los padres, enamoradas, amigos, etc. Esta tarea me mantenía ocupado todo el día, y todo marchaba bien, a excepción de la equivocación de un compañero. LA carta tan llena de amor y romance de los tiempos de paz, fue enviada, erróneamente, a la madre, en vez de la novia. Cuando se dio cuenta ya era tarde para retirarla del correo. Mi mamá va a pensar que estoy loco, me decía. Pronto, por favor, escríbele otra diciéndole que fue una broma para que se ría.

Recorriendo el campo, un día me encontré con el

Capitán Kline, el doctor a cargo del despacho médico.

- Pero, qué hace Ud. aquí Sargento Espinosa,- me dijo.

- No lo sé, Capitán; órdenes son Órdenes. No tengo la menor idea de lo que estoy haciendo aquí, donde no hay nada qué hacer, y francamente, la cara de Scorpio ya me asusta.

-El caso es que Scorpio, - me explica el Capitán, - ha estado mucho tiempo conmigo. Es un buen hombre. Yo lo he recomendado para que ascienda de grado, pero ahora viene Ud. con un grade mayor, y entonces no hay manera de que él ascienda. Por esta razón Scorpio está enojado.

-Nada puedo hacer yo, Capitán. Soy soldado y tengo que obedecer órdenes.

-Hay un campo de guerrilleros cerca de aquí. Si Ud. quiere, lo mandaré allá. Ud. no pierde nada y Scorpio tendrá la oportunidad de ascender.

-Estoy de acuerdo, Capitán. Haré lo que pueda para ayudar a Scorpio.

Al siguiente día, una voz que retumbaba a través de la montaña, se dirigía a mi carpa: -Espinocho, Espinocho,- repetía. Traiga su equipaje. El avión lo espera. ¡Ud. regresa a Leyde!

Scorpio cantaba lleno de alegría y yo le hacía segunda.

El gusto era mutuo. Por primera vez, Scorpio se reía y me despedía con gran satisfacción.

Al regresar al campo donde estaban mis antiguos compañeros, todos me recibieron con aplausos y sonrisas. Encabezados por el Teniente Rexford, ellos habían reclamado mi presencia, por ser el doctor del grupo. De aquí nos enviaron a Palo y Tacloba, el Golfo de Leyde, a donde arribó Mac Arthur, a su regreso a las Filipinas. Estos lugares estaban más organizados. La vida era más tranquila y la comida era buena.

Se sabía que Japón tenía aún más de un millón de soldados para defenderse, y miles de personas más, bien entrenadas para ayudar a la defensa de su país. Se calculaba, que la invasión, les costaría a los Aliados un medio millón de vidas humanas. La famosa Batalla de Midway le había costado al Japón la pérdida de lo más importante de su Marina, lo que significaba que sólo le quedaba al enemigo sus aviones suicidas, que no podrían detener a nuestros grandes barcos de guerra, que ahora enfilaban, todos contra el Japón, ya que la guerra en Europa había terminado. El traidor agonizaba y nosotros estábamos ansiosos por darle su bien merecido fin.

Una noche, pasaba yo una película que se daba a beneficio de los enfermos de un pequeño Hospital. Se oía a la distancia un radio que transmitía rápidamente las noticias. En esos momentos se oyó al altoparlante y escuchamos la

tan esperada noticia:

-¡Atención!, ¡Atención! Japón ofrece rendirse si le permiten dejar al Emperador. Esta noticia no es oficial. Y repetían: Japón ofrece rendirse si le permiten dejar al Emperador.

La primera “bomba atómica, lanzada sobre HIROSHIMA, pocos días antes, el 6 de agosto de 1945, había causado más de 70.000 muertos y más de 160.000 heridos. La segunda, en Nagasaki, causó la pérdida de 40.000 vidas. Al recibir las noticias, la isla toda temblaba de emoción. Gritos de alegría, cascós por los aires, abrazos, pitos ensordecedores de los camiones. Gritos a toda voz: Acuérdense de Pearl Harbor, hijos de ... Digan Tío Samuel, ¡bastardos!

Mi amigo Joe, tomándome en los brazos me lanzó al aire, diciéndome, con sus palabras cariñosas:- “Te dije, hijo de perra,- que ganaríamos la guerra.” Todos bailábamos y nos abrazábamos de gusto. Desde San Francisco se transmitía la canción: GOL BLESS AMERICA, “Dios bendiga a América”. Soldados, de allende el Pacífico, América los espera.

En medio de tanta alegría, no se podía ignorar a los soldados que lamentaban la muerte de su hermano, primo u otras personas queridas. Con mucho entusiasmo, otros hablaban del futuro, de lo que les esperaba en sus casas. Yo nada tenía que decir. Nada me esperaba

El grave problema ahora era regresar a la tierra natal. No había suficientes barcos. Y para tener derecho a regresar pronto, en los primeros barcos, había que completar 72 puntos. Los puntos se conseguían así: dos por cada mes de servicio en USA; tres por cada mes fuera del país y cinco por cada zona de combate. Yo tenía suficientes puntos para regresar, pero entre mis compañeros había quienes estaban para alocarse. Generosamente, le dije al Capitán:

- No se preocupe por mí. Yo no tengo quien me espere en EE. UU. Mande a mis compañeros primero. Yo esperaré algo más.

Después de unas dos semanas, nos embarcamos hacia Japón. Esto lo hice con verdadero placer, porque quería conocer Japón y otra oportunidad no la iba a tener. Además, quería ver personalmente los efectos de nuestras bombas. El viaje no fue nada cómodo. Mi cama fue un jeep. La lluvia no nos dejaba en paz. Todo el día estábamos mojados, a pesar de protegernos con los ponchos. Naturalmente, viajaban muchos barcos, aunque pequeños, llamados Liberty Ships. Uno de estos barcos pegó a una mina flotante y sufrió mucho daño.

Todos hablábamos de lo que haríamos al llegar a Japón. Entonces recibimos las órdenes terminantes: "Siendo soldados americanos, tienen que respetar y darse a respetar. El uniforme será clase A, o sea lo mejor. Todo se



Este fue mi último uniforme usado por mí al recibir mi baja. Esta foto fue tomada 50 años después.

hará en orden y en la forma más correcta posible. Estas son órdenes.

Yo llegué a Tokio muy resfriado, pero contento. Si había algo impresionante, era la Bahía de Tokio. Enormes

barcos de guerra ocupaban su lugar, los cañones de dieciséis pulgadas parecían decirle a Japón: “Mueve un dedo y enterramos tus islas” El centro de Tokio parecía que hubiera sido azotado por miles de terremotos. No había un solo edificio en pie. Enormes montones de ladrillos, vidrio, maderas, era todo lo que quedaba de una bella ciudad, prospera y rica. A pesar del odio que sentíamos contra Japón, sentí cierta tristeza por la tremenda destrucción de lo que había sido una gran ciudad. Más grave aún, era ver a los japoneses tratando de enterrar pedazos de madera u otro material, tratando de hacer un techo y ampararse de la lluvia. En cuanto a muchos soldados que se preparaban para vengarse del Japón, nada hicieron en realidad, los niños japoneses nos tiraban del pantalón pidiendo CHOCOLATO o CRIRIGUM (chocolate o chicle, algo que siempre llevábamos con nosotros. Al día siguiente, ya los soldados cargaban niños japoneses, tal vez hallando así un alivio por estar lejos de la familia, o simplemente porque todo niño merece cariño y ayuda, sea cual fuere su origen y condición.

Como no teníamos nada que hacer, nos dedicamos a conocer Tokio.

Nos estaba prohibido caminar en grupos menores de seis, y todos teníamos que andar armados. Por ninguna razón podíamos aceptar licor vendido o regalado por los japoneses. No entraríamos a ninguna casa o negocio sin la debida, protección de la policía militar japonesa, quienes eran responsables de nosotros.

Para conocer Tokio, salíamos muy temprano y forzosamente debíamos regresar antes de las cinco, hora de la cena. Esto no era fácil. Los trenes en que viajábamos no siempre llegaban a tiempo, y de hecho, nos quedábamos sin comer. Joe, el hombre sin problemas, pronto halló solución para esto. Se puso de acuerdo con uno de los cocineros. - Guárdanos comida, le dijo, y nosotros te buscaremos algún trofeo para que lleves a tu casa de recuerdo. Esto funcionó correctamente y con dos comidas al día. la jasamos muy bien. Además, Joe no desperdiciaba nunca la oportunidad de hurtarse algo de la cocina. Esto es del Gobierno, decía. Y nosotros somos del Gobierno.

Un día tomamos un tren hacia, una ciudad llamada Kofuu, para llegar a la misma había que cruzar por un túnel, a cuyo final se veía la ciudad en un hermosa valle. No era muy grande, pero en su tiempo habrá sido un hermoso lugar. Sin embarro, era una ciudad de mucho tráfico. De aquí salían trenes para diferentes partes del país. Por esta razón, había sido totalmente destruida. Quedaban solamente quince casas de una ciudad que habría albergado a unos ciento cincuenta mil habitantes. Sin lugar a dudas, éramos los primeros americanos que llegábamos a esta ciudad. La policía militar nos rodeó inmediatamente para protegernos de los curiosos. Lo que yo sabía de japonés era muy limitado y Joe no sabía ni jota. Luego de largo rato, nos trajeron a dos japoneses para que nos ayudaran. Entonces sucedió algo raro. Nosotros hablábamos y los japoneses

meneaban la cabeza en forma negativa. Tomaron un papel y escribieron en inglés preguntando en qué podían ayudarnos. A la vez, nosotros teníamos que escribirles en inglés lo que necesitábamos o buscábamos. Al hablarles, se quedaban mudos. No entendían. Joe, a su manera les echaba maldiciones, de las mejores que sabía.

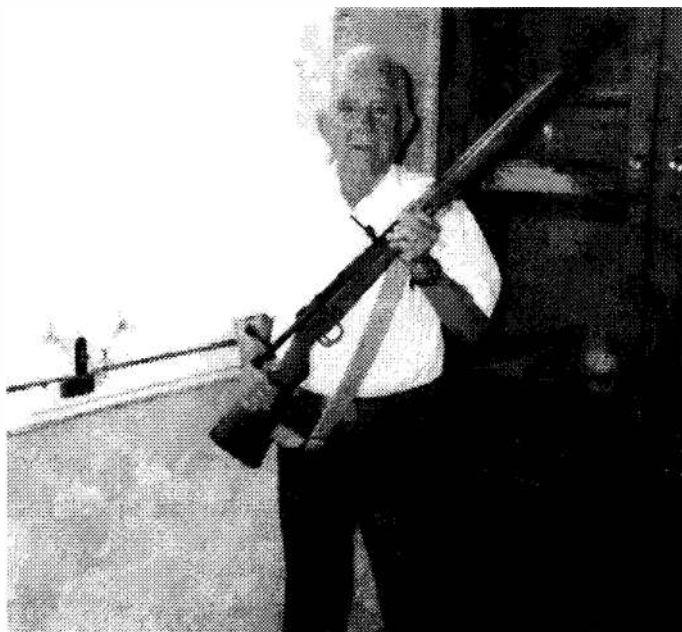
- Uds., hijos de perra, - les decía. Los japoneses, creyendo que les decía algo bueno, se reían y bajaban la cabeza, agradeciendo.

Viajando de esta manera, pude conseguir algunas cosas para traer a U.S. Yo traje unas pequeñas espadas, que ahora están en Zaruma.

Un día recibí órdenes de alistarme, pues saldría al día siguiente.

Esa noche hablamos con Joe muchas cosas. Joe aún no tenía suficientes puntos, tenía que esperar un poco más. Temprano, en la mañana fue al camión por mí y otros que viajarían conmigo. Me acompañó hasta el puerto, en donde, con voz quebrantada por la emoción, me dijo:

- Has sido un compañero. Tengo mucho que agradecerte. Eres un buen hombre. Si no hallas trabajo en tu ciudad, llámame. Nuestra familia opera una línea de camiones que viajan por todo el país. Yo te prometo darte trabajo. Además me gustaría mucho que te conociera mi madre. Ella es una santa como lo son todas las madres del mundo.-Con un apretado abrazo se despidió de mí, en



Fusil japonés usado durante la segunda guerra mundial. Traído desde Tokio y donado al museo de Zaruma por César E. Espinoza

completo silencio.

Yo viajaba tranquilamente, pensando en miles de cosas. No tenía quien me esperara en U.S. y tampoco donde llegar. Al salir de Tokio tomé un rifle japonés, de los cuales había miles, y cargado de este trofeo seguía pensando en mi incierto futuro.

Largos días después, habló el alto parlante: Arribaremos a San Francisco por la mañana, Como podía

esperarse, la reacción fue tremenda. Nadie dormía. Los soldados se acomodaron muy temprano en los lugares desde los cuales se podía observar mejor. A la lejanía podíamos ver pequeños barcos que se dirigían hacia nosotros. Ya cerca vimos de que se trataba: era nuestra recepción. Un barco a cada lado con bandas que tocaban alegremente y muchachas en vestido de baño que bailaban y gritaban BIENVENIDOS G.I., G.I. (soldado). Así, con mucha alegría llegamos a San Francisco. Grandes letreros y carteles decían: BIENVENIDOS, NUESTROS BRAZOS LOS ESPERAN. GOL BLESS AMERICA, TIERRA DE LOS LIBRES.

Antes de poner pie en tierra, me detuve un momento, no sé por qué. Cargado de mi rifle y mi bolsón, era solamente un soldado más. En el puerto había miles de personas, esperando a sus seres queridos. Unos reían. Otros, lloraban, los abrazos se daban y repetían con mucha emoción. Me quedé parado un rato, antes de pisar tierra.

Una amable señora, indudablemente enviada por Dios, se acercó, tomo mi cara en sus manos y me dio un beso que nunca olvidaré.

- Ud. se ve muy solo, me dijo.

Indudablemente era una madre que esperaba a su hijo, y tal vez no llegó.

Esta es América, me dije. Dios la bendiga.

De aquí fuimos a Camp Stoneman, adonde llegaban

miles de soldados. Cerca del Camp quedaba un pueblito llamado Pittsburg, adonde acudían los soldados como locos en busca de licor. El número de borrachos era increíble. La policía militar recogía borrachos, los dejaba en el campo y volvía por más. El campo militar parecía un verdadero campo de batalla al ver soldados tirados por todo lado. Días después, tomamos los trenes que nos llevarían al Estado en donde recibiríamos la baja. Entonces yo viaje a Texas, San Antonio, la ciudad donde me hice soldado, cuatro años atrás. Tenía que atravesar parte de California, Arizona, Nuevo México y parte de Texas. El viaje era, largo, pero era el fin de la jornada. Aquí ya no había guardias y los soldados saltaban del tren cada vez que había oportunidad de comprar licor. A su tiempo, llegamos a San Antonio, mi destino final, y donde me puse el uniforme por primera vez. Aquí recibiría mi baja honorable

Portando mi fusil y lo poco que nos daba el ejército me fui al Hotel White Plaza. Bajé al comedor y me parecía que todo lo que tenía que hacer era pagar. Aun sin creerlo, fui servido, comí, pagué y me quedé buen rato pensando. La señorita que me sirvió, se preocupó mucho al verme tan callado.

-¿He hecho algo mal? - me dijo. Si no le he dado el servicio que Ud. se merece, favor de perdonarme. Es nuestra obligación servirlos con la mejor buena voluntad.

Subí al cuarto, y al poco rato sonó el teléfono.



Noviembre 13-1945. Después de casi cuatro años de servicio militar, al fin regresaba a USA. Foto tomada en San Antonio Texas.

- Habla Pepe,- me decía una voz. Soy Pepe, tu amigo, que vive en la calle N N. en Río Grande City, acuérdate de mí.
- Siento mucho, no te recuerdo.
- Voy para allá, inmediatamente, me dijo.

En cuanto lo vi, lo reconocí. Era un hermano, de Marv, la muchacha que me había dado la medalla, cuando salí de Río grande.

Al día siguiente tome el bus para Río Grande City. En Alice encontré a mi mejor amigo que acababa de regresar de Alemania. El es hijo de la señora donde yo había dejado mis pertenencias antes de ir al Ejército. El llame a su mamá y al llegar a la estación del bus, me esperaban su hermano mayor y Mary. Ellos me llevaron a su casa, donde permanecí unos días hasta que conseguí un cuarto donde vivir. Había perdido 30 libras y me sentí inquieto, lo peor era que no podía dormir en la cama. El suelo era el lugar más apropiado.

El movimiento en la ciudad era muy grande. Personas de la localidad que, habían estado en el ejército, retornaban a cada rato y la gente los invitaba a cruzar el río hasta México, para celebrar el regreso. Yo fui invitado varias veces, pero no tenía deseos de celebrar nada. Huyendo de tanto licor y comida, me refugié en un rancho en casa de un amigo. Le expliqué mi situación y le rogué que no dijera a nadie donde me encontraba, pues quería dormir toda una semana, por lo menos.



Cincuenta años después, los recuerdos penosos que deja la guerra son siempre parte de mi vida- Río Grande City-Texas 1992

Mi convalecencia fue rápida. En diez días ya me sentí completamente normal. Al regresar a R.G.C., ne encontré con el doctor, con quien había trabajado antes de ir a la guerra.

-Pronto comenzaremos el Hospital, - me dijo. Acabo de llegar de Alemania. Estoy listo para comenzar a trabajar y Ud., seguirá siendo mi compañero, como lo fue antes de la guerra.

Dejando millones de muertos, terrible destrucción e inmensa pobreza por fin había terminado la SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

Estas memorias han sido escritas con un solo propósito: dejar a mi familia un recuerde imperecedero que espero sobrevivirá mucho tiempo para beneficio de las futuras generaciones. Siento mucha satisfacción por haber cumplido religiosamente con mis obligaciones de ciudadano del mundo libre, entre cuyos países se encuentra nuestro amado ECUADOR. Bajo ningún concepto espero ni he esperado recompensas de ninguna, clase. Sólo espero que se me brinde el respeto y consideración a que tiene derecho todo veterano.

El fusil que traje del Japón, lo obsequié al Museo de Zaruma.

Un estuche de instrumentos de cirugía, que nadie lo quise recibir en Japón, logré traerlo y llevarlo al Ecuador como un regalo especial para mi sobrino el Dr. Jorge E. Astudillo.

La Historia de la Segunda Guerra Mundial nos dice que el submarino Northwahl fue distinguido y designado como un Héroe del Pacífico. Este submarino nunca peleó, pero prestó grandes servicios cruzando un y otra vez aguas completamente dominadas por la Armada del Japón. Su misión fue transportar carga y gente desde Australia, Nueva Guinea y otras islas a las Filipinas, y sacar gente de esas islas, que desesperadamente huían de los japoneses.

El máxima número de soldados que tuvo en pie de guerra los EE.UU. fue de dieciséis millones. 2.403 personas

pagaron con su vida la traición de Japón, 1.178 fueron heridos.

18 barcos de guerra fueron hundidos durante el ataque a Pearl Harbo Total de muertos durante la guerra, 40,5 millones.

Total de heridos, 67,1 millones.

El segundo grupo que salió del 42nd, General Hospital, estaba compuesto por dos médicos y seis soldados. Uno de ellos era el Capitán Schipman, recientemente graduado de la Escuela de Medicina, con 26 años de edad. El otro era el Mayor Trout, de unos cuarenta años de edad. Durante el tiempo que trabajé en el Departamento de Cirugía, tuve oportunidad de conocerlos bien. Dos personas muy amables. Este grupo era estrictamente médico, y era parte del Field Hospital No. 43 Estos Hospitales son pequeños y ambulantes, siempre listos a seguir a las tropas en zonas de combate. Este grupo salió de Ditch New Guinea o sea Nueva Guinea, Holanda, un lugar donde también estuve temporalmente. Poco tiempo después y ya bien entrenado este grupo para sobrevivir en lugares de mucho peligro, fueron llevados para atender heridos en la invasión de la isla de Luzón, Filipinas. Nuestras tropas siempre respetaron las leyes internacionales. Los grupos médicos estaba obligados a colocar la cruz roja encima de las carpas y en los brazo de los soldados, a fin de que se vean claramente y a

la distancia. Japón nunca respetó estas normas. Alemania, por el contrario, siempre fue muy respetuoso de estas leyes internacionales.

Un Field Hospital siempre estaba lo más cerca posible de las zonas de combate. Su misión era dar a los heridos inmediata atención y enviarlos a hospitales más grandes para su mejor atención y recuperado

Después de asistir a las tropas por más de un mes, el mencionado Grupo fue atacado por los japoneses, a pesar de tener la cruz roja claramente pintada sobre la carpa. Aquí ofrendó su vida el Capitán Schipman y cuatro soldados más. Entre los que sobrevivieron de este grupo, se cuenta mi amigo Raúl Corona, quien, vive actualmente cerca a mi casa, y con quien hablo frecuentemente de nuestras aventuras. Nuestro Grupo tuvo más suerte. Todos los treinta y dos hombres regresamos a seguir sirviendo a la Patria, aunque el equipo que usábamos fue destruido, forzosamente, para evitar que cayera en manos del enemigo. Las patrullas japonesas nos rodeaban, pero nosotros teníamos la ayuda invaluable de los filipinos que desafiaban las montañas para llegar hasta nosotros y prevenimos del peligro que existía. Habiendo vivido cuatro años bajo las botas japonesas, estos hombres eran sumamente experimentados e increíblemente fuertes, de poca estatura., piel morena y tipo latino, pesando entre 140 a 150 libras. Su resistencia también era increíble. Después de cuatro años de sufrimiento, nada en la vida

los sorprendía. Aceptaban las penas como algo normal, que tenían que enfrentar diariamente. De manera general eran bastante buenos, y yo seré siempre agradecido de la amistad que supieron brindarme, correspondiendo así a mi ayuda en todo lo que podía. Frente al peligro y al enemigo, todos eran verdaderas fieras, que a nada, temían. Morir o matar era algo que ellos aceptaban come cosa natural. Es increíble lo que las crueldades de la guerra pueden hacer de un hombre o de una nación.

San Antonio, Texas. US.A. 1992.

EPISODIO DE MI VIDA

[illegible]

EPISODIO DE MI VIDA

sa excepcional desde el punto de vista parte o partes de una estructura mayor.

César Espinosa Aguilar Zarumeño Héroe de la Segunda Guerra Mundial

Publicamos una histórica carta dirigida a la señorita Victoria Espinosa, hermana de Don César, por el Comandante General del Ejército de los Estados Unidos, George C. Kenney.

Julio 19 de 1945

Querida Señorita Espinosa:

Por su sobresaliente devoción al deber y por su habilidad en el desempeño de estos deberes, su hermano, el técnico de tercera clase César E. Espinosa, ha sido personalmente recomendado a mí por su oficial Comandante.

Estoy seguro de que usted querrá compartir mi orgullo en sus proezas y su excelente hoja de servicios que él ha establecido como miembro integrante de un equipo aéreo de combate durante más de dos años de continuadas operaciones en el Sud - Oeste del Pacífico y Lejano Oriente.

La recomendación por su hermano es más que un justo reconocimiento de su personal e importante contribución al esfuerzo de guerra de las Fuerzas Aéreas del Lejano Oriente, en un sentido tangible es el reconocimiento por todos los hombres que él simboliza.

Los jefes de tripulación, los cargadores de bombas, los sargentos ferrieles, los oficinistas y todos los diferentes especialistas que concurren a formar el

equipo de la Fuerza Aérea son partes vitales e inseparables de la organización. Ellos respaldan y complementan el trabajo de las tripulaciones de combate.

Sin hombres como su hermano no habría sido posible para nuestros aviadores ganar o continuar ganando las importantes victorias que hemos ganado sobre nuestros enemigos.

El trabajo del Técnico Espinosa ha sido de Técnico Médico en un pelotón de observación en tierra para uno de nuestros batallones de Alerta Aérea.

Durante su servicio en ultramar constantemente la alta calidad de su trabajo ha ganado el respeto y admiración de sus oficiales y camaradas.

Su excelente récord es un crédito para él y para su organización. El Técnico Espinosa ha hecho su trabajo y lo ha hecho bien, ningún Comandante puede pedir más.

La suya ha sido una verdadera contribución a la Victoria. Estoy orgulloso de él y de haberlo tenido bajo mis órdenes.

Sinceramente,

George C. Kenney
GENERAL DEL EJERCITO DE
LOS ESTADOS UNIDOS
COMANDANTE

EPISODIO DE MI VIDA

Directorio de la CCE-O

Presidente

Prof. Voltaire Medina Orellana

Vocales principales

Lic. Tania Ruiz Bustamante

Dr. Rubén Ludeña Peláez

Sra. Mariana Veintemilla Muñoz

Soc. Clodoveo Astudillo Samaniego

Vocales suplentes

Lic. Patricia Sáenz Alvarado

Soc. Jorge Zambrano Pacheco

Ec. Miriam Villacís Yamunaque

EPISODIO DE MI VIDA

INDICE

Presentación	1
Prólogo	5
Oración al padre	11
El autor	13
Recordando el pasado	15
Mi paso por el ejército de los Estados Unidos	29

